MORUENA ESTRÍNGANA

SWEET LOVE

No sabes cuánto te odio...

MATHEW Y NORA



3

Click
EDICIONES

Índice

Prólogo

PARTE III

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Biografía
Bibliografía
Créditos
Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

PRÓLOGO

Matty siguió a Nora dentro de la casa. Ambos tenían doce años y desde que se conocieron con cuatro, se hacían la vida imposible.

Siempre que estaban juntos acababan discutiendo. No se soportaban, o eso parecía, porque lo cierto era que uno nunca andaba muy lejos del otro y si uno tenía un problema, el otro siempre daba la cara por él. Eran un raro par de amigos.

—Eso, vete, márchate —Nora le golpeó el pecho con fuerza.

Matty cogió sus manos y ambos se miraron a los ojos. El dorado de los ojos de Nora se mezcló con el azul de Matty. Aún tenía rastros de la pelea en la que se había metido para defenderla. Matty odiaba las injusticias y no tenía reparos en pelearse si consideraba que algo lo era.

Y su pelea había sido ya el colmo de un vaso demasiado lleno. Sus padres habían pensado que lo mejor para él era irse a un internado y aprender idiomas. Ver mundo y madurar lejos de los problemas.

—No sabes cómo te odio —le gritó Nora con lágrimas en los ojos.

—No más que yo —le dijo Matty, que trataba de ocultar el dolor de saber que al día siguiente se iría de allí, pues, aunque le costara admitirlo, la iba a echar de menos.

—Voy a estar mucho mejor sin ti.

—Y yo sin ti, bonita. Todo va a ser mucho mejor a partir de ahora.

—Muchísimo mejor. —Nora agarró su camiseta y no pudo contener las lágrimas—. Te odio.

—Y yo a ti —le respondió él, pero esta vez sus palabras eran un susurro.

Se miraron a los ojos de nuevo y quizás por primera vez lo hicieron de verdad; y algo se rompió dentro de los dos pequeños. Matty no pudo evitar acercarse y darle un beso. Un inocente beso que ni si quiera era consciente de que deseaba. Nora, impactada por lo que le hicieron sentir sus labios, le dio una bofetada.

—¡Eres tonto! —le gritó, y salió corriendo de la sala, pero antes de irse se volvió y lo miró por última vez—. Ojalá no te vuelva a ver en mi vida.

—Ojalá, besas fatal —le echó en cara el chico, porque era más fácil decir eso que la idea de no verla, que rompía algo dentro de él.

Nora no estaba mucho mejor; el beso había sido raro, pero le había gustado… Y qué más daba… Él no era su amigo, nunca lo había sido, ahora se iba y tal vez pasaran años sin verse. Lo mejor era no recordarlo jamás, pues aún no se había marchado e, inexplicablemente, ya lo estaba echando de menos.

PARTE III

CAPÍTULO 1



NORA

Casi voy corriendo por la universidad de clase en clase, y más cuando tengo que pasar por donde está estudiando Matty, al que ahora todos conocen por Thew. Es tonto. Yo no pienso llamarlo de esa manera. Para mí es Matty, sobre todo sabiendo cómo le molesta. Por eso se cambió el nombre. Quería algo distinto a su padre y que no fuera un diminutivo infantil; lo sé por Neill, que se lo contó a su novia, Debbie, que ahora es mi compañera de piso.

Pues si quiere que todos le digan Thew…, yo, si lo veo, cosa que llevo días evitando, no lo haré.

No me puedo creer que entre todas las universidades que hay en el mundo le hayan tenido que hacer una oferta de la mía para ser el capitán del equipo. Y yo creo que solo para joder, sabiendo casi seguro que yo iba a esta, ha aceptado.

Llevamos años sin vernos. Exactamente ocho. Ni él ni yo hemos hecho nada por encontrarnos. Y al principio me molestó un poco, tampoco mucho, que se escribiera con Neill y Erik y a mí me ignorara; por eso yo decidí pasar más de él si cabe y, si ya de niños no lo soportaba, ahora menos.

Por eso no quiero verlo, no tengo ganas de ver su horrible cara por nada del mundo, ni esa sonrisa de palurdo que cree saberlo todo. Así tenga que ir corriendo de clase en clase y parecer tonta.

—¿Se puede saber de quién huyes? —Me vuelvo y veo a una divertida Roni mirándome—. No sé para qué pregunto. De Thew.

—No me puedo creer que tú hayas consentido en llamarlo así.

—Lo acabo de ver y está muy cambiado. Dicen que se parece a su padre, pero sinceramente yo creo que es mucho más guapo que Matt.

—Y a mí qué me importa. Como si es el único hombre de la tierra, antes me hago lesbiana o asexual.

—¿No crees que estás exagerando un poco? —me dice divertida Roni.

La miro y sus ojos verdes me devuelven la mirada, chispeantes. El cabello pelirrojo lo lleva en una coleta. Es preciosa. Y mi mejor amiga. Y la razón por la que nos vinimos aquí a estudiar juntas, para que tuviera una vida lejos de los cuchicheos, de las miradas y de las personas que no son capaces de entender. O, simplemente, de dejar que cada uno viva su vida como mejor le plazca.

Roni tuvo la mala suerte de nacer en el cuerpo equivocado. Y aunque desde hace años es mujer en todos los sentidos y hasta en su carnet de identidad consta como tal, la gente del pueblo, en vez de llamarla por su nombre, le decían la transexual. Por eso le propuse irnos. Empezar de

cero en otra universidad. Juntas y sin que nadie la señalara con el dedo. Aceptó rápido, porque en el fondo ella más que nadie desea no ser juzgada por algo que no eligió.

—No estoy exagerando nada de nada.

—Yo creo que sí, y es curioso, yo pensaba que se acabaría pareciendo más a su padre y tiene muchas cosas de su madre.

—¡¿Quieres dejarlo ya?! —Me mira con una sonrisa—. A mí ese palurdo proyecto de hombre me da igual.

—¿Te estás oyendo? Tú no eres así.

—Es todo culpa suya, desde niña ha sacado lo peor de mí. Yo soy tranquila y apacible, amiga de todo el mudo, y a su lado parezco la hija secreta de Chucky. ¿No te das cuenta de por qué tengo que evitarlo?

—De lo que me doy cuenta es de que no sé por qué deberías hacerlo. Han pasado ocho años y no ha sucedido nada grave para que dejes de hablarle.

—Tampoco nada bueno.

—Creo que eso es lo que te molesta. Que en estos ocho años no se ha acordado de ti.

—Ni yo de él. Me da exactamente igual Matty, Thew o como se quiera llamar ese idiota que no tiene más de dos neuronas en la cabeza.

—Ah, qué bien que te dé igual, porque está detrás de ti.

Me altero. Roni me mira retadora y por eso me vuelvo como si me diera igual verlo. Me vuelvo… y no hay nadie.

—Qué cara has puesto —dice Roni riéndose antes de cogerme del brazo.

—Me daba igual verlo.

—Ya, claro, y yo no te conozco nada y no sé cómo me mientes… Pero tú misma. Sigo pensando que, cuanto antes lo veas, mejor para ti. O no, porque, si seguís como antes, creo que teneros juntos me va a dar dolor de cabeza.

—No pienso decirle nada.

—Ya…, pero no sé por qué no me lo creo.

La miro enfurruñada. Ya no soy esa niña que saltaba a la primera que le decía algo Matty, y siempre porque él tenía la culpa. Tenía algo bueno que me hacía mirarlo con otros ojos, y la cagaba. Abría esa bocaza que tiene y decía alguna cosa que me hacía olvidarme de todo menos de rebatirle y decirle algo mucho peor. Solo para quedar por encima, claro.

Roni y yo vamos a nuestra siguiente clase; ambas quedan cerca. Ella está estudiando Magisterio Infantil y yo Trabajo Social. Quiero ayudar a los niños que, como yo, tienen la mala suerte de tener unos padres que no saben ni cuidarse a ellos mismos. No quiero que ningún niño sufra malos tratos. Yo sé lo que es eso, aunque a todos les haya hecho creer siempre que no recuerdo nada de mi infancia. Que, como era tan pequeña, lo olvidé todo. Ojalá hubiera sido así, pero por alguna razón mis recuerdos se remontan a cuando no era más que un bebé y, aunque no son claros, sí sé lo que es vivir con alguien que ni sabe cuidarse a sí misma. Y que cuando lloras te grita y te sacude para que te calles o deja que te mueras de hambre.

Tuve suerte de que mi hermano se hiciera cargo de mí. Es como un padre para mí. No sé en qué momento dejé de llamarlo papá y empecé a llamarlo por su nombre, como a Jenna.

Los quiero como si fueran mis padres, pero no lo son; llegó un momento en que dejé de necesitar llenar el espacio que mis padres habían dejado y los traté como lo que son realmente. Mi hermano y mi cuñada. Y a mis sobrinos, también. Es raro, porque nos llevamos poco y nos queremos como hermanos. Pero no dejan de ser mis sobrinos.

Acepté sin más la vida que tenía y que el nombre que se les da a las cosas no cambia los sentimientos. Yo quiero a mis hermanos Robert y Katt como a nadie; ella es más joven que Robert y mayor que yo; son lo mejor que tengo en la vida y me gusta ser su hermana. Doy gracias por que nos tengamos los unos a los otros.

Por eso quiero ayudar a que otros niños encuentren el hogar que sea mejor para ellos. No soporto la idea de ver a un niño sufrir. Tal vez por eso evito ver las noticias y prefiero leer lo que sucede en lugar de ver en la tele la morbosidad con que se cuentan los hechos. Se me quita hasta el apetito, o me parece injusto comer como si nada mientras otras personas sufren. Me cuesta reponerme de ese tipo de noticias, y por eso las evito.

—Nos vemos a la salida —me dice Roni con una preciosa sonrisa.

Se aleja, entro en clase y me siento en mi ambiente. Me encanta mi carrera y pienso sacar las mejores notas. No voy a dejar que nada me distraiga.

Y mucho menos un idiota de ojos azules.

THEW

Paseo por la universidad para ir a mi fraternidad a comer. Si es que a la comida que hay allí se le puede llamar así. Ninguno de mis compañeros sabe cocinar; yo sé algo, pero nunca tengo ganas de ponerme a ello. Aun así, pese a defenderme, soy un desastre cuando no tengo ganas. Podría ir a la cafetería a comer o pedir un menú de uno de los restaurantes cercanos, pero no me apetece estar rodeado de gente ahora mismo.

Algo que nadie creería, pues siempre parece que estoy desando llamar la atención de todos. Y sí, me gusta ser el centro de atención…, hasta cierto punto.

Llevo dos semanas aquí y ser el capitán me ha abierto más puertas que ser un príncipe, tal vez porque nunca hago mención a mi título. Me parece una chorrada sacarlo a relucir, por mucho que mi padre sea rey. Nosotros no somos convencionales. Nunca hemos seguido normas, por suerte. Por eso no digo nunca qué título poseo, a menos que acuda a una fiesta y tenga que ser presentado con él. Por eso las evito. No me gustan.

Aquí en el campus solo soy Thew, el capitán del equipo de fútbol, y eso basta para que siempre tenga cientos de lapas a mi alrededor que piensan que, solo porque les hable, ya somos mejores amigos.

Como si yo fuera idiota y no supiera ver la verdad.

Estoy a punto de ir hacia donde he dejado mi coche cuando alguien me llama la atención.

No puedo negar que las mujeres guapas me atraen y que no me importa que ellas me molesten o me dediquen carantoñas. Pero esta tiene algo especial.

La veo reírse con unas chicas que no conozco. Tiene el pelo rubio como el trigo y le cae por la espalda, algo ondulado. Sonríe con un brillo en sus ojos dorados que me cautiva. Me suena de algo, pero no logro ubicarla. Me da la impresión de que la he visto antes. El problema es que sé que, de haberla visto, la recordaría. No creo que fuera capaz de olvidarla.

No solo tiene una cara preciosa de ángulos perfectos y una sonrisa que te cautiva, también tiene un cuerpo de infarto. Largas piernas bajo esos pantalones cortos vaqueros que realzan su respingón trasero. Tiene unas curvas de escándoalo. Y, sin embargo, lo que no puedo dejar de mirar es su sonrisa.

¿Qué me pasa?

Empiezo a alejarme cuando uno de mis compañeros de equipo, Román, que me cae como una patada en el culo, se acerca a la chica rubia y atrapa esa sonrisa entre sus labios con un beso que se puede catalogar de categoría x. Aparto la mirada y empiezo a irme hasta que Román me llama.

—¡Thew! ¡Ven que te presente a mi chica!

Me debato entre mandarlo a la mierda o irme sin más. Al final, por cortesía, me doy la vuelta y voy hacia ellos. Tal vez también sea porque las cosas entre Román y yo van mal desde el principio. Él pensaba que sería elegido como capitán este año, y cuando se enteró de que no iba a ser así, entró en cólera, y, aunque desde que llegué ha fingido que todo está bien, en el fondo sé que le jode no serlo y que cuando entrenamos se cree mejor que yo.

Me fijo en que su novia ha perdido el color del rostro y me mira como si acabara de ver un fantasma. Yo la observo intrigado por su reacción y, conforme me acerco, sus ojos se van colando poco a poco en mi mente y empiezo a recordar dónde la he visto. Y de qué me suena. No puede ser…

—Te presento a Nora —dice Román, pero antes de que lo diga ya lo sé.

Sigo impactado, pero se supone que debo decir algo y, como siempre me pasa con ella, acabo por soltar lo primero que se me pasa por la cabeza. Algo que, al parecer, con los años no ha cambiado.

—Tengo la mala suerte de conocerla. Te daría la enhorabuena por tu novia, pero Nora es como un grano en el culo.

Los ojos dorados de Nora se encienden y brillan como antaño, y aunque sé que me va a soltar una burrada, por primera vez en mucho tiempo siento que soy verdaderamente feliz.

—Tú sí que eres un grano en el culo, y de los feos.

Sonrío… Cómo la he echado de menos.

Su novio y sus amigas la miran sin comprender. Creo que poca gente conoce este lado de Nora.

—Te has puesto muy fea, bonita.

—A ver si te aclaras, idiota, o me he puesto fea o soy bonita.

—Yo nunca diría que tú eres bonita. Por favor, si los años no han hecho más que estropearte.

Miento, pues es preciosa y ni siquiera enfurecida parece horrible. Ahora es mucho más pequeña de estatura que yo, aunque solo le saco unos meses.

—A ti también. Roni decía la verdad, no te pareces al apuesto Matt, eres más feo que un pie.

—¿Y desde cuándo los pies son feos? Te aseguro que, si sabes cómo tocarlos…, pueden llegar a ser muy sugerentes. —Se pone roja como un tomate.

—¡Eres insoportable!

—Bien, ya os habéis visto —dice Roni, que coge a Nora. Pero esta no deja de mirarme enfurecida y yo no dejo de mirarla divertido, y creo que eso le molesta todavía más.

—Te odio.

—No más que yo —le digo, y recuerdo nuestro último encuentro.

Ese en el que le dije que la odiaba porque no sabía cómo expresar el dolor que sentía por alejarme de ella.

Nora bufa y se marcha con Roni; su novio la sigue y yo los miro divertido mientras me alejo.

Mis días en la universidad acaban de mejorar. Cómo echaba de menos nuestras peleas. Tal vez por eso nunca pude escribirle. Porque la añoraba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

CAPÍTULO 2



NORA

Dejo que Román me bese mientras veo como Matty se aleja cabreado.

Cuando Román lo llamó creí que me daba algo, no tenía ganas de verlo. No estaba preparada. Pero me volví para demostrar a todos, y a mí misma, que me daba igual encontrarme con él. Lo hice esperando encontrarme con el mismo Matty, con ese niño de doce años.

Pero no era para nada como recordaba. Ni como me había imaginado que sería. En mi cabeza era como un Matt más joven, como en las imágenes que había visto suyas de joven con Becca, la madre de Matty, pero no es así; aunque sigue teniendo ese aire parecido a su padre, sus rasgos se han perfilado y los años han hecho que sea mucho más guapo de lo que fue su padre. Cosa que me molesta.

Tiene el pelo más oscuro que cuando era niño, solo las puntas siguen siendo rubias. El resto tira más a castaño y esto acentúa sus rasgos y sus ojos azules, más azules de lo que recordaba.

Se nota que hace deporte, porque tiene un cuerpo muy definido y marcado. Y es muy alto, la última vez que nos vimos yo era más alta que él, porque había pegado el estirón, y ahora me saca más de una cabeza.

Y ahí estaba esa sonrisa que tiene de sabelotodo que realza su hoyuelo. Y esa mirada que le hace creerse el dios del universo.

Vale que es muy guapo, más de lo que imaginé que sería, pero que sigue siendo un idiota insoportable…, también.

—Me voy —me dice Román—. Espero verte mañana por la noche en la fiesta de mi fraternidad. Y que dejes de decirme que lo pensarás…

—Iremos —dice Roni, que sigue entretenida con el espectáculo—. Ya nada impide que lo hagamos.

La miro seria y eso le hace más gracia.

—¡Genial! Allí te veo, preciosa. —Me besa y, una vez más, me dejo llevar.

—Es idiota —digo cuando se aleja Román.

—¿Román? Sí, es insoportable…

—¡Él no! Matty.

—Matty es como siempre, y no creo que sea idiota.

—Tú no lo conoces como yo.

—Lo que tú digas, pero nunca nadie ha dado la cara por nosotras como él. Y eso no lo hacen los idiotas.

No le respondo y hacemos el camino de vuelta a casa en silencio. No dejo de recordar a Matty y me enfurece no poder sacarme su imagen de mi mente. Así como su sonrisa de sabiondo. Algunas cosas nunca cambian.

Recuerdo lo tonta que me sentí cuando se puso en contacto con todos menos conmigo. Hasta a Roni le mandó alguna que otra carta durante sus viajes. Y sin querer, la rabia por esperar algo suyo me hizo odiarlo. No soportaba que contaran nada de él en mi presencia. Y, sin darme cuenta, pasó de ser un insoportable amigo a un odiado desconocido.

Era más feliz cuando cada uno hacía su vida. Verlo me ha recordado lo estúpida que me sentí por esperar algo tras su torpe beso. No lo soporto.

* * *

—¿Y esa cara de acelga? —pregunta Daura cuando entramos en nuestra casa.

—Ha visto a Thew —responde Roni por mí; sigue con esa risilla de diversión que me pone de mala leche.

—¡¿En serio?! —pregunta Debbie saliendo de la cocina. Roni asiente y yo dejo mis cosas en la entrada para ir a mi cuarto—. ¿Y siguen vivos? —pregunta, recordando todo lo que le han contado de nosotros.

Escucho que Roni dice «por los pelos», mientras entro en el cuarto que comparto con ella y cierro la puerta con la suficiente fuerza para que sepan que no tengo ganas de hablar con nadie, y menos aún del idiota en cuestión.

Ordeno mis cosas y me equivoco al abrir uno de los cajones del escritorio que comparto con Roni, pues tiene dos plazas. En su cajón tiene una foto de los veranos que pasábamos juntos. En ella todos salen sonrientes posando, y Matty y yo sacándonos la lengua el uno al otro.

Esa foto fue tomada poco antes de que se fuera, de que se metiera en esa pelea que lo cambió todo.

Roni y yo estábamos en la heladería de Elen. Nos pedimos algo para llevar y nos fuimos hacia el lago para disfrutar de la soleada tarde. Estábamos llegando cuando un desgraciado empujó a Roni y le tiró sus cosas.

Yo no me lo pensé y lo encaré; me daba igual que me sacara dos cabezas.

—¡¿Se puede saber qué haces?!

—No te pongas así, rubita, si a ella le gusta que le den por culo. —Él y sus amigos se rieron.

Miré la cara de Roni y era de puro horror.

—Retíralo —le dije llena de rabia y de dolor.

—Y si no, ¿qué?

—Te pienso dar una bofetada que vas a recordar toda tu vida.

Se rieron de mí. Pero yo seguí mirándolo con rabia y dispuesta a lo que fuera.

—Vayámonos, Nora.

—No, nadie insulta a mis amigos.

—No pienso retirarlo, no es más que un mariquita…

No dijo más, porque le golpeé con todas mis fuerzas en la cara. Me miró con rabia y se acercó hacia mí. Vi en sus ojos que estaba dispuesto a golpearme. Pero no llegó a su objetivo, porque Matty, que no sé de dónde salió, se puso en medio.

—Ni se te ocurra tocarla.

—Apártate. —El tipo empujó a Matty con rabia y este se fue contra él cuando me cogió por la camisa.Lo empujó con todas sus fuerzas, el desgraciado le golpeó y Matty se defendió. Yo me

metí por medio para que dejaran de pelearse. Y me llevé algún que otro golpe.

Todo acabó cuando Elen salió corriendo de la heladería y, al verla, dejaron de pegarnos.

—¿Estás bien? —me preguntó Matty con un ojo que ya empezaba a ponérsele morado y el labio partido.

—Sí.

Asintió y luego pasó a ser el idiota de siempre.

—¡¿En qué pensabas cuando te enfrentaste a él?!

—¡En defender a mi amiga!

—¡Te podían haber partido la cara! —me gritó, y lo miré enfurecida.

—¡Lo volvería a hacer por mi amiga una y otra vez! ¡No haberte metido!

—No quería que tu muerte cayera sobre mi conciencia.

—¡No te soporto!

—¡Yo menos!

—¡Parad los dos! —Elen nos miró seria.

Nos dimos la espalda y, mientras le contábamos qué había pasado, nos miramos de reojo. Por alguna extraña razón necesitaba ver que Matty estaba bien.

Y aquel incidente fue la gota que colmó el vaso; se fue para no volver.

* * *

—Es tiempo pasado, es mejor pasar página —dice Roni sentándose en la cama y cogiendo la foto que observo.

—Por supuesto, nunca fuimos amigos y nunca lo seremos.

* * *

Estoy revisando unas cosas en mi ordenador cuando me aparece una videollamada de Katt. La respondo y enseguida aparece mi hermana mediana tras la pantalla.

—Hola, preciosa. —Me saluda con una sonrisa que hace que sus ojos verdes reluzcan—. ¿Cómo te va todo? Yo acabo de acostar a los niños.

—Y seguro que te han dejado agotada.

—No lo sabes tú bien —lo dice con una sonrisa que contrasta con su agotamiento. Adora a sus hijos,

Lucas, de cuatro años, y Marie, de tan solo seis meses.

—¿Qué tal te va en el trabajo?

—Agotada, pero contenta, hoy he ganado otro caso. —Su sonrisa se amplía. Es abogada, y una de las mejores.

Le gusta defender las causas justas y nunca se hace cargo de un caso si cree que el acusado es culpable. Dice que no podría defender las injusticias. Y eso es porque ella ha vivido muchas. Por eso coge casos en los que cree casi al cien por cien en la inocencia de sus defendidos, y los defiende con tanto fervor que acaba ganando casi todos los juicios.

—Eres la mejor.

—Lo sé. —Su respuesta me hace sonreír. Katt es así y los años que han pasado no han hecho que cambie. Por suerte, sí han conseguido que la inseguridad de su mirada se disipe. Y eso es gracias a mi cuñado, Aiden—. Y tú, ¿qué tal? ¿Has visto ya a Thew?

—Sí, ya he visto al idiota de Matty. ¿Cambiamos de tema?

—No, ¿qué ha pasado?

—Seguimos vivos, si esa es tu segunda pregunta.

—Bueno, nunca he pensado que os fuerais a matar el uno al otro, más bien que hay mucha tensión entre los dos.

—Es su culpa, nadie sabe sacar lo peor de mí mejor que él.

—Ya, bueno, nadie tampoco te ha defendido nunca como él.

—Puedo defenderme sola. Lo he demostrado durante estos años, ¿no? Nunca lo necesité.

Por la mirada de Katt pasa un halo de dolor, recordando las ocasiones en que me metí en peleas para defender a Roni y la de veces que acabé llorando en sus brazos al no comprender la crueldad humana de juzgar a una persona por sus preferencias y no por sus actos. Roni es maravillosa, punto. El resto no debería pesar tanto.

—Bueno, solo te digo que han pasado ocho años, tal vez ahora podáis ser amigos.

—Ya, claro, y los cerdos van a empezar a volar. —A Katt le hace gracia mi comentario.

—Quién sabe…

—Qué graciosa. —Sonríe y mira hacia la puerta. Aparece su marido, Aiden.

Al verme me saluda y le dice a Katt que se va a la cama. Por la mirada que se lanzan sé lo que le está diciendo en realidad. Se va y Katt me mira.

—Vete con tu marido. Casi no tenéis tiempo de meteros mano.

—¡Nora!

—Tengo veinte años, no soy tonta.

—Ya, pero…, bueno. Me voy y cualquier cosa me llamas. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Colgamos y me quedo mirando la pantalla. En ella tengo una foto de Katt con sus dos hijos, Robert, con sus dos hijos también, y yo. Mi familia. Tres hermanos, y cada uno tiene su propia historia en la que nuestro padre nos marcó de una u otra forma.

De niña me parecía más a Robert, con esos ojos dorados y el pelo rubio. Pero cuando años más tarde el destino nos trajo a Katt, y descubrimos que éramos hermanos, vi en ella cosas no tan evidentes que teníamos iguales. Ahora que soy más adulta tengo el pelo rubio y los ojos como mi hermano, pero mis rasgos se han perfilado y me parezco más a Katt. Sobre todo cuando sonreímos. Algo que Jenna, mi cuñada, a la que le encanta dibujar, ya había captado en más de un retrato de las dos.

Estoy muy orgullosa de lo que ha logrado. Es una pintora reconocida a nivel mundial. En este piso tenemos varios cuadros de ella que Roni y yo nos trajimos. Uno es de las dos juntas mirándonos con ilusión, compartiendo un secreto.

La verdad es que tengo suerte por la vida que he tenido y he llevado. No me puedo quejar.

Sin querer pienso en la mujer que me dio la vida, y siento desazón en el pecho al pensar en ella. Pese a todo no quiero imaginarla desgraciada. Me gustaría creer que, esté donde esté, encontró la felicidad. Aunque yo tengo claro que no quiero que mi vida y la suya se junten de nuevo.

THEW

La fiesta se está animando ya. Han venido estudiantes de todas las carreras. Que la bebida y la comida sean gratis hace que se apunten hasta los que odian a los futbolistas.

Observo a la gente bailar apoyado en una de las paredes que dan al salón. Mi mirada se centra en Román. Está bailando con dos chicas y no parece importarle tener novia y que esté a punto de llegar, por lo que sé. Nos dijo antes, por la tarde, que esta noche era especial y que a ver si conseguía poner la guinda del pastel a una velada brillante. Vamos, que se quiere tirar a Nora.

—¿Y esa cara? —me dice Ewan.

Es con el que mejor me llevo. El segundo capitán. Y portero del equipo. Tiene el pelo negro y los ojos azules, una sonrisa tranquila y una inteligencia que asombra cada vez que abre la boca. No estudia Historia como yo, pero le encanta todo lo que tenga que ver con ella, y por eso más de una vez hemos acabado hablado de historia y aburriendo a todos los que teníamos a nuestro alrededor.

Es curioso que me haya decantado por estudiar Historia. Nunca pensé que fuera lo que me apasionara, aparte del fútbol. Pero, tras conocer a Deb y hablar con ella de historia, me di cuenta de que, sin quererlo, siempre me había interesado y de que una de las razones por las que había recorrido medio mundo era por eso. La sed de saber más sobre de dónde venimos y cómo hemos llegado a ser lo que somos.

—¿Qué puede ver una tía en Román?

Ewan se apoya en la pared y lo mira.

—Pues no me gustan los hombres, pero tal vez su pelo moreno y sus ojos negros. Y que tiene pinta de malo, y eso parece que les gusta. ¿Lo dices por su novia?

—La conozco.

—Pues, sinceramente, me da pena. Tal vez deberías advertirla. —Román hace como que toca el culo a una de las chicas, pero no llega a hacerlo.

Se fija en alguien que acaba de entrar y se olvida de ellas para ir hacia allí. Me vuelvo sabiendo que lo que ha detenido las intenciones de Román ha sido la llegada de Nora, y así es. Nora lo mira con una sonrisa mientras espera que llegue hasta ella. Esto me hace plantearme si con los años se habrá dado un golpe y se ha vuelto tonta de repente… ¿Acaso no ha visto como su novio ligaba con esas dos?

Román coge a Nora entre sus brazos y le da una vuelta mientras la besa. Nora trata de bajarse la falda corta negra de su vestido para que no se le vea nada. Cuando la deja en el suelo lo mira con adoración, como si fuera el mejor novio del mundo. Siento asco y aparto la mirada.

Me encuentro con Debbie, que al verme viene a saludarme seguida de Roni y Daura. Me da un abrazo, como suele hacer siempre. Al final se ha convertido en una gran amiga.

—Qué recuerdos venir a una fiesta en la facultad —dice mirándolo todo con nostalgia—. Lástima que Neill esté a kilómetros de aquí.

—Ya vendrá a alguna, para recordar viejos tiempos —le digo.

Su novio está jugando en la liga profesional y eso hace que tenga muy poco tiempo para estar con ella. Aun así, me consta que se llaman todos los días y que la distancia no conseguirá que se separen. Son tal para cual. Neill tiene mucha suerte de haberla encontrado.

—Hola, Thew —me dice Roni con una sonrisa, y me fijo en que observa a Ewan de reojo.

Ewan hace lo mismo. No puede apartar los ojos de Roni, y no me extraña. Con ese pelo cobrizo suelto y ese vestido verde ajustado que lleva está preciosa.

—Hola, preciosa, te presento a Ewan, el mejor tipo que te puedes encontrar esta noche.

—Ya será memos —dice Ewan con una sonrisa, cogiendo la mano de Roni y besándosela —. Encantado, Roni.

Esta lo mira asombrada por la caballerosidad de Ewan. A mí ya no me sorprende, porque siempre hace lo mismo. No le he visto dar muchos besos en la cara a nadie.

—Lo mismo digo. —Roni sonríe tímida y Daura y Deb comparten una mirada que hasta un niño sabría descifrar, por lo descaradas que son.

Sonrío y les propongo tomar algo. Vamos hacia la barra de bebidas y antes de llegar miro a Nora, que no observa con buena cara a los amigos de Román. No dejan de devorarla con la mirada. Y cuando le hablan le miran los pechos, olvidando que sus ojos están en la cara. Soy el primero que se impresiona por un buen par de tetas, y he de reconocer que Nora las tiene, pero siempre disimulo. Me gustan las mujeres, pero no tratarlas como si fueran objetos.

—Me voy con ella —dice Roni, que sigue mi mirada ya con algo de bebida.

—¿Qué ha visto en él?

—Que le hace caso. Como le pasa siempre. Luego le romperá el corazón y acabará con otro capullo que le diga cuatro cosas bonitas. Y si es idiota ya tiene el corazón de Nora ganado. Creo que en el fondo espera reformarlos.

—Qué bien —digo irónicamente.

—Nora es la persona más intuitiva que conozco y, sin embargo, ante los hombres parece tonta.

—Román no me cae bien —le digo a las claras.

—A mí tampoco. Ella lo sabe y no sirve de nada. —Roni me mira con resignación—. Me voy con ella a ver si consigo que esos idiotas dejen de mirarle las tetas.

—Lo dudo, su inteligencia no da para más. —Roni me sonríe y por un momento es como si no hubieran pasado los años.

No es que fuéramos muy amigos, pero con ella siempre me fue fácil hablar, más que con Nora, que era abrir la boca y soltarle la primera estupidez que se me ocurría.

—Me alegra que nos hayamos encontrado de nuevo —me dice sincera, y asiento, porque yo también lo siento así.

* * *

La fiesta está en su máximo apogeo. Roni está bailando con Daura y Deb, e Ewan anda cerca. No baila, pero no deja de mirar a Roni y, cuando pueden y la música les deja, hablan de cualquier cosa. Me parece a mí que estos dos se van a acabar llevando muy bien.

Nora hace rato que desapareció con su flamante novio. No hay que ser muy listo para saber dónde están. Que les aproveche. Espero que Nora no sea tonta y use protección, porque a saber qué le puede pegar Román, que no es de los que más se cuidan a la hora de tener relaciones sexuales. Todo esto dicho por él, claro. Le encanta contar todo lo que hace en su vida sexual a todo aquel que quiera escuchar.

Tal vez por eso, cuando salgo al jardín, donde hay menos gente, me sorprende ver a Nora sola sentada en un banco.

Observa la piscina como ida y, aunque hace fresco, no lleva más que su vestido negro ajustado. La veo muy vulnerable ahí sentada. Siento que algo se rompe dentro de mí. Tal vez mi

vena de proteger a todo el mundo, algo que he heredado de mi padre. Solo que a él este aspecto no le ha metido en tantos líos como a mí.

—Vas a coger frío —le digo nada más llegar donde está ella.

—A ti qué te importa.

—Me da igual, la verdad. Con suerte te pones mala y no veo tu fea cara durante un tiempo. —Me mira con los ojos dorados encendidos.

En verdad no quería decirle eso, pero es así, me sale solo picarla. Decirle la primera cosa hiriente que se me pasa por la cabeza.

Mis palabras contrastan con el hecho de que me siente a su lado. Muy cerca. Mi cuerpo roza el suyo y ni ella se aparta ni yo tampoco. Y así nos quedamos, sin decir nada, tal vez porque sabemos que, de abrir nuestras bocazas, diríamos alguna estupidez de esas que no sabemos controlar cuando estamos cerca.

—Estás aquí… Vamos dentro, que te voy a preparar una de mis bebidas estrella.

—Claro. —Nora sigue a su novio, que ha salido a buscarla.

Le sonríe y parece muy feliz. Está llegando a la puerta cuando se vuelve y me mira. Es solo un segundo, el suficiente para dejarme mosqueado.

No sé qué pensar de nuestro reencuentro. Por un lado era más feliz lejos de ella, pero por otro no puedo negar que siento como si hubiera vuelto a casa de verdad.

CAPÍTULO 3



THEW

Bajo a la cocina de la fraternidad sobre la una de la tarde. En ella solo está Ewan degustando uno de sus cafés. Al verme me saluda y me prepara uno.

—Estoy hecho una mierda —le digo.

—Eso mejor que no lo sepa nuestro entrenador.

—Sabe que anoche tuvimos fiesta y que mañana en el partido cumpliremos.

—Sí, pero no le gusta que desfasemos.

—Ni tú ni yo bebimos. No como el resto.

—Ya… —Miramos el desastre de casa que tenemos. Está ya limpiando el salón un servicio de limpieza que contratamos.

Escuchamos pasos y aparece Román con sus dos inseparables amigos y compañeros de mi equipo, Claudio y Felipe. Son como él, igual de idiotas.

—Dios, menuda noche. Este y yo acabamos con dos… y no precisamente jugando al parchís —dice Claudio, y Felipe se ríe como el asno que es.

—Te tenías que haber apuntado —le dice Felipe a Román—. Lástima que hayas decidido ser formal. Pero claro, con una novia así, con esas curvas, cualquiera se reforma.

Siento asco por cómo hablan de Nora. Y a Román le gusta, porque se ríe.

—¿Qué tal fue tu noche? ¿Marcaste gol? —le pregunta Claudio, y yo siento que la bilis se me sube a la garganta.

—No, porque lo bueno se hace esperar. Es lo que tiene salir con una virgen… —dice bravucón, y aprieto los puños. Ewan lo nota, porque me pone la mano en el brazo como si se diera cuenta de que estoy a punto de marcarle la cara a ese idiota con un puñetazo—. Hasta que no pruebe la mercancía no sabe lo que se está perdiendo.

—No se pierde nada interesante —le digo con rabia—. Cuando se dé cuenta de que su novio es un idiota que solo piensa en su propio placer, te dejará plantado.

Me mira con una sonrisa y rompen a reír él y sus amigos.

—Soy el mejor en la cama, y Nora no olvidará su primera vez. Hasta ahora todas han querido repetir, así que más aún una que no tiene con quién compararme. Te aseguro que si me deja no sabrá cómo vivir sin mí… —se mira el paquete y doy un paso hacia él—, sin mi talento oculto.

Sus amigos y él se ríen. Por suerte se van de la cocina. No lo soporto y no lo hago desde que me lo presentaron. ¿Cómo puede estar Nora con alguien así? ¿Tanto ha cambiado? Viendo cómo es su novio y lo que le gusta, me hace pensar que sí. Que no sé nada de ella. La niña que conocí nunca hubiera acabado con alguien así.

* * *

Me pasan el balón y lanzo a portería sin pensarlo. Antes de que el esférico perfore la red ya sé que va a entrar, y así es. La gente estalla con nuestro gol. Lo celebro con mis amigos, esos que, aunque apenas los conozca, se alegran tanto de que les dé un gol que me abrazan como si fuéramos íntimos. Es lo que tiene el triunfo, que te hace tener amigos donde instantes antes solo veías desconocidos.

Ganamos por dos goles. Se nota el buen ambiente en el vestuario por la victoria. Me ducho y me cambio de ropa antes de la reunión con el entrenador Givon, le gusta decirnos unas palabras y, aunque perdamos, siempre son de aliento y para mejorar.

Y hoy no es menos. Nos dice todo lo que hemos hecho bien y todo lo que debemos mejorar. Vamos primeros, pero esto acaba de empezar y pueden cambiar muchas cosas. Nunca hay que confiarse.

La charla termina e Ewan propone irnos a tomar algo antes de volver a casa. Al final acabamos medio equipo en el *pub*, tomando refrescos, jugando al billar y gritando como los que más. La gente se nos pega como lapas, necesitando estar cerca de los que creen son estrellas. Yo estoy acostumbrado a esto desde pequeño y eso no hace que me guste más. Mis padres siempre me han enseñado que nadie es mejor que nadie, tenga el puesto que tenga en la vida.

Hubo un tiempo en el que me encantaban estas atenciones, sobre todo por parte de ellas. Tenía las hormonas tan revolucionadas que me gustaba que me dijeran cientos de veces lo maravilloso que era. Hasta que un día me di cuenta de que todos esos cumplidos caían en saco roto. Que ya no me llenaban, que algo había cambiado en mí. Tal vez fuera madurez, o mi deseo de encontrar a alguien que de verdad me mirara a mí, y no lo que represento. He salido con varias chicas, pero siempre falla algo. Aunque a algunas creí de verdad que las quería.

—No sé como tu amiga soporta estar con alguien así —me dice Ewan apoyándose en la barra y mirando hacia donde está Román ligando con varias chicas.

No creo que haga nada, pero, aunque no llegue a besar a ninguna, su actitud es de alguien que se cree que puede hacer lo que quiera y que esto no hará daño a su pareja.

—Tal vez no lo sepa —respondo, sintiendo la necesidad de defenderla. Buscando una explicación para que le guste alguien así.

—Es posible. Román sabe tener doble cara.

—Ya. Pero no ante nosotros.

—No.

Una tía le toca el culo y él se ríe. Le dice algo al oído y leo sus labios. Él le dice que no lo tiente. Termino mi bebida y me voy hacia la puerta. Dudo que pueda soportar mucho más tiempo esto sin partirle la cara a ese idiota por hacerle esto a Nora.

Ewan me sigue y vamos a nuestra fraternidad. Nos despedimos antes de entrar a nuestros cuartos. Observo mi escritorio lleno de apuntes y de libros abiertos. Me cambio de ropa y me pongo a estudiar.

El año pasado estudié en otra universidad. Solo pensaba en fiestas, en pasarlo bien y disfrutar. Pero a mitad de curso estaba aburrido de todo eso. Por eso, cuando me salió la oportunidad de cambiarme de universidad y empezar de cero en otro lugar, dije que sí enseguida. Y sí, sabía que Nora estaba aquí por Neill. Y lo cierto es que una parte de mí tenía curiosidad por ver cómo sería todo. Y sentí emoción por primera vez en mucho tiempo.

Y, si he de ser sincero, al verla volví a sentirla.

* * *

Salgo de mi última clase con varios apuntes en la mano. Los guardo en mi bandolera y saco el móvil. Veo dos llamadas de mi padre y me inquieto por si ha pasado algo. También hay un mensaje que me dice que lo llame en cuanto termine las clases. Lo hago de camino a mi coche.

—Hola, hijo. ¿Qué tal las clases?

—Bien, pero dudo que me llames para eso.

—No, claro que no. Espero no haberte preocupado. No recordaba qué horario tienes los lunes.

—Tranquilo, cuéntame qué quieres.

—Quiero que vayas a mi hotel, el que tienes cerca, y pidas entrar a mi despacho. Una vez allí, me llamas.

—¿Ha pasado algo?

—Siento que me están estafando dinero. Y quiero que revises las cuentas por si ves alguna irregularidad. Yo no puedo ir hasta dentro de unos días y no quiero dejar pasar este tema.

—Como quieras, aunque sabes que siempre se me han dado mejor las letras que los números… Pero conozco a alguien de fiar que es un cerebrito en temas matemáticos —pienso al ver a Ewan no muy lejos hablando con unos compañeros.

—Este tema es serio, confío en tu criterio, pero asegúrate de que no metes a un topo dentro de mis dominios.

—Tengo buen ojo para la gente.

—Eso espero. Infórmame en cuanto estés allí y llamaré para que te dejen ver todas las cuentas. Al no esperárselo, no podrán hacer cambios para disfrazar la verdad.

—Vale. Hablamos.

Llego hasta Ewan y algo debe de intuir en mi gesto, porque se despide de sus amigos y se acerca a mí.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que ir a la empresa de mi padre y necesito tu ayuda. Te pagaremos…

—No voy a ayudarte por dinero —me dice serio.

—No quiero ofenderte, pero vas a realizar un trabajo.

—Bueno, pues ya decidiré yo si quiero o no cobrar.

Ewan me mira tajante. Por lo que sé, si no fuera por la beca, no podría estar estudiando su carrera. Sus padres tienen un trabajo que solo les permite pagarse los gastos justos. Por eso, que rechace mi dinero cuando sé que lo necesita me hace darme cuenta de que se mueve por amistad, no por interés, y eso me gusta. Aunque tengo claro que acabaré pagándole. Para cabezón, yo.

* * *

Llegamos al hotel de mi padre en mi coche. Le llamo de camino al despacho. La gente de las oficinas, al verme, me saluda. Saben quién soy, y que gran parte de este hotel nos pertenece a

mi hermana y a mí. Es algo que hace mi padre con todas sus posesiones. Una parte es para él y mi madre y el resto para nosotros dos. Le gusta dividirlo todo en tres.

Ewan mira la foto de mi familia mientras esperamos que mi padre dé orden de que nos pasen las cuentas del hotel.

—Tus padres son muy jóvenes.

—Sí, lo son. Mi madre solo tiene treinta y cinco y mi padre treinta y siete.

—¿Y cómo es tener unos padres tan modernos?

—Para mí siempre han sido unos padres, los he visto mayores desde que era niño —digo con una sonrisa—. Lo que sí me gusta es saber que podré disfrutar de ellos mucho tiempo.

—Mis padres rozan los cincuenta y cinco años. Y su mentalidad es muy anticuada. En su mente está que para alcanzar el éxito en la vida tengo que casarme y tener muchos hijos.

—Cada uno debe buscar su lugar, no el que esperan de él.

—Para ti es fácil decirlo. Tienes un montón de posibilidades para elegir…

—Mi padre espera que siga sus pasos. Yo no quiero eso para mí.

Es la primera vez que lo digo en alto. Ewan solo asiente, tal vez comprendiendo que cada uno viene de donde viene y lidia con sus propios problemas.

—Pero tengo suerte de tenerlos. Y, si sigues mi consejo, tus padres deberán aceptar tu camino. Tienes una mente brillante y puedes llegar a donde quieras.

Ewan sonríe y sus ojos azules relucen. La puerta se abre y nos traen un montón de archivadores. No expreso muestra alguna de cómo me agobia todo esto. Nadie debe saberlo, más aún cuando podemos tener al que está estafando a mi familia cerca. Por eso actúo como se espera que lo haga el hijo del jefe. Con frialdad. No me gusta, pero he aprendido que la gente no quiere saber cómo eres, simplemente espera que seas como se han imaginado.

Pedimos algo de comer mientras lo revisamos todo. Ewan va más rápido que yo. A mí todo me parece normal. Hago cuentas y sumo todo y no veo nada que me llame la atención. Mi padre me llama un par de veces.

Se nos hacen las siete de la tarde y no tenemos nada. O eso creo.

—Aquí hay algo que no me cuadra. —Ewan se ha sentado en el sofá y lo está revisando en la mesa de centro. Se levanta y viene hacia mí con un archivador que, según leo, es el que corresponde al restaurante—. He mirado todas las comidas y se dan un máximo de cien menús al día. Los días que más gente hay es por eventos y eso se indica como «gastos excepcionales». —Asiento y veo cómo señala lo que dice—. Sin embargo, la compra es para doscientas personas. Y siempre es en pescado y marisco fresco, que es lo más caro. Y, si te fijas, todos los días se ofrece pescado fresco, con lo cual no está congelado. Pero cada día se compra para doscientas personas. ¿Dónde va a parar lo que sobra? ¿Lo congelan y lo ofrecen como congelado dando gato por liebre? Algo que no tiene sentido si cada día compran fresco…

—Por lo que sé, todos los hoteles de mi padre donan lo que sobra y está en buen estado a comedores sociales de la zona. Un encargado viene tras cada servicio a recogerlo. Pero eso debe de estar explicado.

Lo buscamos y vemos que de cada día se llevan varios menús, pero aun así no salen las cuentas. Algunos días sí pone que se llevan un número de menús que cubrirían el pescado comprado. Pero otros, no. Hay un baile de números.

Escaneo todo, se lo mando a mi padre y lo llamo para ponerlo al día.

—Voy a intentar adelantar mi viaje. Y haré inventario de los productos de la cocina.

—El otro día vi un programa. —Ewan se calla temiendo haberse metido donde no le

llaman.

—Di —le insto a hablar; mi padre está en el manos libres y lo escucha.

—En el programa robaban comida del restaurante para sus servicios particulares de *catering*. Y lo descubrieron mediante cámaras secretas. Si haces inventario tal vez no pilles a los culpables. Pero si instalas cámaras que los empleados desconozcan puedes dar con la persona que está robando el material. Porque todo apunta a que alguien lo roba para su propio beneficio.

—Puede funcionar. Gracias, Ewan, y deja que mi hijo te pague por tu trabajo.

—No hace falta…

—No me parecerías competente si no aceptaras cobrar por tus servicios. Y, quién sabe, tal vez un día necesite a alguien como tú en mi equipo.

Ewan se sonroja y asiente. Mi padre sabe que Ewan no quería cobrar porque le mandé un mensaje para decírselo. Y ha sabido qué decir para convencerlo.

—Está bien. —Me despido de mi padre y miro a Ewan.

—Borra esa sonrisa de sabelotodo. Acepto solo porque trabajar en una gran empresa es mi meta. No por otra cosa.

—Solo te pagamos por tu trabajo. No por ser mi amigo. Eso lo tienes que hacer gratis —le digo, mientras le tiendo un cheque que ya tenía relleno de antes.

—Es mucho dinero —dice tras cogerlo.

—Es lo que cobra el que lleva las cuentas de este hotel y por lo que parece es un incompetente. A ti te hemos dado un plus por ser más listo que él.

Ewan sonríe y lo acepta, pero sé que no le gusta que le pague. Por eso le digo que lo puede usar para apuntes y cosas de la universidad y que, por aceptarlo, lo tendremos en cuenta para más trabajos. Que ha demostrado ser muy competente. Y eso sí le gusta, sentir que se lo ha ganado, que no le regalamos nada.

Recogemos todo y nos vamos hacia la fraternidad. Estamos pasando por la universidad con el coche cuando vemos a Roni, que va cargada con varios libros de la biblioteca.

Detengo el coche en doble fila e Ewan sale antes que yo para ayudarla. Yo llego cuando discuten sobre que no hace falta que la ayude.

—Déjalo. Es tan cabezón como yo —digo para ayudar a Ewan. Le doy dos besos a Roni—. Hola, guapa. ¿Acabas de asaltar la biblioteca?

—No seas tonto. Tengo un trabajo de manualidades y no soy muy buena en ellas. Y ya sé que en Internet se explica todo…, pero me encanta encontrar las soluciones dentro de los libros.

—Eso está genial —le respondo. Yo también soy amante de los libros y a veces he comprado primeras ediciones de libros muy antiguos para mi colección personal—. Te llevamos a tu casa.

—No quiero molestar.

—Hazme caso, si te dice que te lleva, te llevará aunque sea a cuestas. Thew no acepta un no por respuesta.

—Dicho así parezco un ogro —le digo a Ewan con una sonrisa—. Pero pienso insistir de verdad hasta llevarte.

—Está bien.

Roni entra en el coche y la llevo a su casa. Sé dónde vive por Neill, que me contó dónde vivía su chica. Aparco y dejo que Ewan coja los libros de Roni. Parece que quiere hacerse el machito ante ella. Me sorprende, y más cuando Roni se planta delante de él y le coge la mitad.

—Yo también puedo.

—No creo que no puedas, solo que yo no puedo evitar querer ayudarte. Pero no lo hago porque piense que eres inferior…

—No seas tonto, me gusta, no quedan muchos caballeros por aquí. Pero somos iguales.

—Eso sin duda. —Roni sonríe ampliamente e Ewan también.

Los sigo al ascensor y vamos hacia la casa de Roni. Ya en la puerta duda, y sé que es por Nora, porque no le va a hacer gracia encontrarme aquí.

—Alégrame el día y deja que la vea con mascarilla verde en la cara y rulos —le digo poniendo cara de niño bueno.

—Ella no usa esas cosas, tonto. —Roni lo piensa y abre la puerta.

Y tras hacerlo nos quedamos los tres flipados, porque es cierto que Nora no lleva rulos ni mascarilla…, pero está cantando ante la tele una canción de *rock* como si se le fuera la vida en ello, abrazando un cojín a modo de guitara.

No puedo contener la risa y eso nos delata. Al verme me lanza el cojín y me da en la cara. No me importa. Esta imagen es lo mejor que he visto en mucho tiempo.

—¡¿Puedes dejar de reírte, pedazo de tonto?!

—No… —le digo entre risas.

Nos adentramos en el salón y Nora me tira todos los cojines del sofá. Cojo algunos al vuelo y eso no le gusta. Frunce el ceño y eso hace que esté ridículamente adorable.

—¿Y tu novio sabe que cantas así de mal? —la pico.

Roni e Ewan han entado en el cuarto de Roni a dejar los libros.

—No creo que te importe lo que él sabe de mí.

—La verdad es que no, pero ya que él no tiene escrúpulos en contar que eres virgen, pensaba que algo así lo debería de saber…

—Él no ha hecho eso —me dice mirándome con rabia—. ¿Por qué me haces esto?

—¿Y qué gano yo diciendo esto si fuera mentira? Aunque no te lo creas, no tienes un cartel que diga que lo eres; y si yo lo sé, y por tu sonrojo veo que es cierto, es porque él lo dijo.

—Seguro que lo dijo sin darse cuenta.

—No lo creo, es un cerdo. Ha contado mil veces todo lo que ha hecho en la cama con unas y con otras. Contigo no será menos.

—Eso lo hacen todos los tíos. ¿Acaso me vas a decir que eres virgen?

—No lo soy, pero te aseguro que nunca he contado nada de lo que hago con una mujer. Cada una es especial y por eso lo que hagamos queda entre los dos. Es algo nuestro. No lo hago para ponerme medallas, pero tu novio sí lo hace.

—Él no es así…, tú no lo conoces como yo.

—Es cierto que llevas aquí un año más que yo, pero dudo que lo hayas conocido mejor que yo. A esta gente se la ve venir enseguida.

—Vine a un curso este verano y ahí nos conocimos más, y no es como tú lo pintas. No soy tonta, sé que le gusta vacilar…

—Y ligar con unas y con otras, aun teniendo novia —afirmo, y eso la enfurece más, pero no con él, sino conmigo. Esto es el colmo.

—¿Qué pretendes? Pareces celoso.

—¿De ti? No te flipes, solo te digo la verdad, si no me quieres creer, no es mi problema.

—Es mi vida.

—Pues vívela como te dé la gana, pero luego no me vengas llorando.

Se ríe irónicamente.

—¿De verdad piensas que te buscaría a ti? Nunca. Tú y yo nunca hemos sido ni seremos amigos.

Sus ojos dorados relucen de rabia y la miro de la misma forma, porque, si soy sincero, me molesta no saber ser de otra manera con ella y tampoco me gusta esta frialdad que hay entre los dos. Me duele que lo único que tengamos sea esta indiferencia.

—Nunca, no quiero amigas como tú —le digo movido por la rabia, por demostrar que yo tengo la última palabra, como siempre.

CAPÍTULO 4



NORA

No bajo la mirada ante Matty porque no quiero que note cómo me han afectado sus palabras. Sus ojos azules me taladran y su determinación al demostrar que lo que dice es cierto está ahí… Me debería de dar igual que no queramos ser amigos nunca, el problema es que siento que no es así.

—Que te den —le digo antes de coger mi móvil e ir al baño para buscar la intimidad que me proporcionan sus paredes.

Me siento en la silla que hay y busco el teléfono de Román. Lo llamo nerviosa por lo que pueda decirme.

—Hola, preciosa.

—Hola —le digo seca.

—¿Pasa algo?

—Bueno, eso me gustaría saber a mí. ¿Has ido contando a tus amigos que no nos hemos acostado? ¿Y que soy virgen?

—No sé qué te ha llegado —dice muy serio, parece enfadado—, pero yo solo dije que quería que mi novia tuviera una primera vez especial. Y los demás, en vez de verlo por el lado romántico, lo han visto como algo malo. Eso me pasa por creer que me rodeo de amigos. ¿Quién te lo ha dicho?

—No importa. Y me gustaría que no supieran nada más de mi vida privada.

—Cariño, yo nunca diría nada que te hiciera daño. Solo quería que me dieran consejos para hacer de tu primera vez algo único. Si he pecado de algo es de querer sorprenderte… Lo siento.

Parece herido, y eso me alivia y me enfada más con Matty. ¿Por qué ha usado esto para hacerme daño?

Si he de poner en una balanza las dos versiones, me quedo con la de Román, ya que a este al menos sí le importo; como ha dicho Matty, él en cambio no me soporta. Ni tan siquiera es mi amigo.

—Está bien. No pasa nada.

—Me alegro, princesa, temí haberlo estropeado todo.

—Está todo bien. Ahora te dejo, que quiero hacer unos trabajos.

—Descansa, nos vemos mañana.

Me despido de él y cuelgo. Me quedo mirando el móvil mientras pienso cómo me fue conquistando poco a poco. Roni no entiende cómo me puede gustar, pero Román no es conmigo como con el resto. Es como si tuviera dos caras y con sus amigos fuera como ellos esperan que sea, mientras que cuando está conmigo es cariñoso y atento. Me muestra una parte de él que nadie ve, y por eso tal vez nadie entiende por qué me gusta. Pero yo sí sé la verdad.

Estoy a punto de salir cuando recibo una llamada de Esme, mi sobrina, con quien me he criado como si fuéramos hermanas y a la que quiero como tal.

—¡Hola! ¿Qué tal por la universidad? —me dice nada más descolgar. Parece muy alegre.

—Bien, hasta arriba de trabajos.

—Qué bien, yo te traigo un cotilleo recién sacado del horno.

—Cuéntame.

—Es sobre Erik y Summer.

—¿Qué ha pasado con esos dos?

—Pues que creo que Summer va a dejar de mirarlo con adoración y va a pasar a odiarlo. Y con motivo, claro.

—¿Qué ha hecho Erik?

—Le ha hecho creer que le gustaba ella para darle un beso y ganar una apuesta. ¿Te suena la historia?

Albert, el padre de Erik, besó a Bianca, la que ahora es su mujer, por un trato al que llegó; cuando esta se enteró, lo odió por cómo la había utilizado. Años más tarde la vida los juntó y al final acabaron por entenderse y enamorarse.

De tal palo, tal astilla.

—¡Qué cabrón! ¿Cómo ha podido hacer algo así?

—Es por los idiotas con los que se junta. O cambia, o va a acabar muy mal. Y esto no lo digo yo sola, mis padres lo dicen con frecuencia. Sus supuestos amigos solo lo quieren por su dinero.

—Y Erik es tan idiota que se lo cree todo.

—Eso parece. El caso es que, tras besar a Summer, yo andaba cerca y flipé con el beso hasta que Erik se rio y le dijo que no pusiera esa cara de tontita, que todo era una apuesta. Y miró tras él a sus amigos y les dijo que le debían una noche de juerga.

—Pobre Summer…

—Sí, fue hacia él y le dio una bofetada que te juro me dolió hasta a mí; y le dijo que le aprovechara el beso, porque nunca iba a besar a alguien como ella, y que ella tendría la suerte de nunca volver a besar a un imbécil como él. Erik se quedó descolocado, pero luego se cachondeó con sus amigos. Yo me fui con Summer y aguantó las lágrimas como pudo mientras decía que era peor que su padre, porque este al menos tenía corazón, y Erik, no.

—Me cuesta imaginar al dulce Erik así. Siempre fue muy atento y cariñoso…

—Ya, hasta que entró en el instituto y se juntó con quien no debía —dice Esme demostrando una madurez atípica en alguien de quince años, pero ella siempre fue así—. En el fondo me da pena. Ver como se destruye y que nadie le haga entrar en razón duele. Éramos amigos.

—Sí. Es muy triste. Solo espero que se dé cuenta a tiempo de los errores que está cometiendo antes de que sea tarde.

—Yo también lo espero. El niño que conocíamos nunca hubiera usado lo que Summer sentía por él para ganar una apuesta.

—No, es triste cómo el tiempo hace cambiar a las personas.

—Y para mal. Bueno, te dejo que tengo deberes. ¿Algo interesante que contarme antes?

—No, todo sigue igual…, salvo que he vuelto a ver a Matty.

—¡Y no me lo cuentas!

—¿Y qué quieres que te cuente? Todo sigue igual.

—Lo siento… Una parte de mí pensaba que con el paso del tiempo lo vuestro sería diferente.

—No nos soportamos, y eso no va a cambiar nunca.

—Y si cambia espero ser la primera en saberlo. Y ahora te dejo, que si no, mañana me pondrán un cero.

—Eso te pasa por dejarlo todo para el último instante. —Se ríe.

—De no ser así, no me hubiera enterado del cotilleo. Cuídate.

—Y tú.

Cuelgo, miro el móvil descolocada y voy hacia las fotos que tengo de cuando éramos pequeños. En ellas aparece Erik. Con esos ojos grises, su pelo negro y esa sonrisa dulce. Con los años su mirada ha ido cambiando, y el niño dulce se ha convertido en un idiota de mucho cuidado. La última que tengo de él es de este verano.

No puedo negar que es muy guapo, más que su padre o que Jack, su tío, que es un cantante famoso. Pero la belleza no es nada si no tienes un buen fondo. En esta foto, Erik posa cansado y Summer lo mira de reojo. Siempre he sospechado que a Summer le gustaba Erik, pero ella nunca nos lo ha confirmado. Me da lástima que Erik la haya usado para una triste apuesta. Solo para hacerle daño. Porque no necesitaba ganar. Y seguramente lo ha hecho porque su padre hizo algo parecido hace años y ha querido demostrar que es mejor. A saber qué pasa por su cabeza ahora.

Bloqueo el móvil y salgo del cuarto de baño. Por suerte, solo está en casa Roni. Se lo cuento todo y alucina tanto como yo; veo la tristeza pasar por sus ojos verde aguamarina.

—Pobre Summer. Solo espero que lo único que sienta por Erik a partir de ahora sea odio.

—Mejor indiferencia —le rebato—. Solo cuando no sientes nada eres libre. Si sientes odio estás ligada con un sentimiento hacia esa persona.

—Es cierto.

Mi mente me lleva a Matty, a lo que siento por él, a ese odio y esa rabia que despierta en mí. Ojalá al mirarlo solo sintiera indiferencia, pero nunca ha sido así. El odio es tan poderoso como el amor. Pero más dañino. Solo hay que vernos juntos.

* * *

Salgo de mi última clase de hoy martes y guardo mis cosas en mi bandolera vaquera, la que nos hicimos Roni y yo viendo tutoriales en Google y que luego Jenna nos decoró con pinturas para tela.

Estoy alzando la cabeza cuando veo ante mí un gran ramo de rosas rojas. Lo miro impactada y veo como baja y aparece Román tras él.

Me sonríe con calidez y me dice que lo siente. No necesito más y me lanzo a sus brazos, aceptando su beso cálido y algo intenso para el lugar donde estamos. Me separo cuando sus manos descienden hasta mi trasero.

—Román…

—Lo siento, es que tengo la novia más guapa de la universidad y no puedo controlarme —me guiña un ojo y me da un tierno beso antes de tenderme el ramo.

Lo cojo y lo huelo. No huele como las rosas que plantaba Jenna, se nota que son de floristería, pero no me importa. El detalle es lo que cuenta.

Me pasa la mano por la cintura y vamos hacia el aparcamiento. Al llegar a su coche espero a que me invite a comer.

—Me voy, preciosa, tengo cosas que hacer. Pero este viernes noche soy todo tuyo. ¿Te apetece ir al cine?

—Me apetece —acepto y me besa antes de entrar en su coche y alejarse.

Me quedo quieta en el aparcamiento viendo como va y viene la gente. Estoy a punto de irme cuando Roni se acerca a mí y me quita el ramo.

—¿Te lo ha regalado tu flamante novio?

—Sí. ¿A que es un gran detalle?

—Lo sería si fuera tu flor preferida, las margaritas, pero claro, no son tan vistosas y a él le gusta llamar la atención con este gran ramo de rosas…

—Lo que importa es el detalle, Roni.

—Claro —dice no muy convencida—. Me voy a comer con unas compañeras de clase, ¿te apuntas?

—No, me voy a casa. Quiero adelantar unos trabajos.

Nos despedimos y camino hacia mi casa.

—¿Y ese ramo de rosas? —escucho la molesta voz de Matty detrás de mí y no tardo en sentirlo andando a mi lado.

—Un regalo.

—Si es de tu novio, es algo idiota por no regalarte tu flor preferida.

—Como si tú la supieras…

—La margarita. —Me coge la bandolera, donde tengo varias pintadas por Jenna—. Si no se lo has dicho solo debe aprender a mirar.

—No es esa…

—Ya, claro, que te conozco desde niña… Siempre lucías margaritas en el pelo y ganchos de margaritas. Eras ridícula, aunque eso no quita que te encanten las margaritas. Pero para el ego de Román regalar un simple ramo de margaritas no es suficiente.

—Tú no lo conoces. Solo llevas aquí tres semanas.

—Lo suficiente para saber de qué pie cojea, te lo aseguro.

—Lo que importa es el detalle, a mí me ha gustado —le digo molesta.

Lo miro: anda a mi lado de camino a mi casa y no parece tener intenciones de irse. Es irritante. Y en vez de decirle que se marche, sigo andando para demostrarle que me da igual lo que haga.

Se pega a mí cuando unos estudiantes pasan por nuestro lado ocupando toda la acera. Su perfume inunda mis sentidos. Es muy atrayente y me molesta que él huela así de bien y que sea la hora que sea siempre parezca sacado de un anuncio. Lo miro y él me mira con una sonrisa torcida.

—Puedes irte —le digo casi llegando a mi casa.

—No quiero.

—¿Acaso no tienes nada que hacer?

—Tengo que estudiar antes del entrenamiento.

—Antes eras negado para los estudios.

—Las personas cambian. Ahora estudio lo que me gusta.

—Nunca imaginé que te gustara la historia.

—Yo tampoco, hasta hace unos años. Viajar me hizo darme cuenta de que siempre buscaba

antigüedades, museos de arte…, todo lo relacionado con la historia. Lo hacía sin darme cuenta. No era consciente de lo mucho que me gustaba.

—Eso me lo creo. Eres un poco lento para ver las cosas.

—Qué graciosa. ¿Tanto te cuesta estar cinco minutos sin meterte conmigo? Eres una cría.

—Solo me sacas unos meses, no vayas de listo.

—Ya, pero cuando viajas, maduras antes. Ves cosas que ni tú eres capaz de imaginar.

—Entonces eres un viejo —le digo metiéndome con él.

Él no se está metiendo conmigo, pero se me hace raro hablar con Matty, no se cómo sentirme…

—¿En qué quedamos? ¿Soy o no mayor que tú?

—En que eres tonto; mira, eso no tiene discusión —lo miro y veo que sonríe; mi comentario parece divertirle.

Sus ojos azules relucen. De niño no parecían tan intensos. Ni era tan alto… A su lado parezco una enana, y eso que mido más de metro sesenta y hoy llevo mis botas de tacón. Es raro mirarlo y ver en él gestos del que era y al mismo tiempo advertirlo tan cambiado. Seguimos el camino a mi casa y no le digo nada más, tal vez porque sé que estropearé este momento y, si he de ser sincera, no me molesta andar a su lado. Es raro, hace años no lo soportaba cerca.

—Nos vemos —me dice cuando saco las llaves de mi casa.

Asiento y me marcho. No sé qué acaba de pasar, ni qué se supone que ha sido esto. Pero si está claro que no somos dos amigos que han decidido pasear juntos, entonces, ¿qué somos?

Ni yo misma lo sé.

* * *

Entro a mi casa y me encuentro con Deb, que mira las flores sonriente. Me doy cuenta de que, desde que me despedí de Matty, estaba dándole vueltas a nuestro extraño paseo y casi ni me acordaba del ramo.

—¡Qué bonito! ¿De tu novio?

—Claro. Es un detallista —digo con una sonrisa queriendo darle su reconocimiento.

Deb va a buscar un jarrón y lo dejamos en una de las mesas de adorno que hay.

—Me alegro de que te cuide, te lo mereces. —Asiento.

Preparamos algo de comer y Daura llega cuando lo tenemos todo listo. Se está viendo con un chico y parece que van en serio, porque cuando Deb le pregunta qué tal, con una amplia sonrisa dice que genial. Sus ojos relucen enamorados y me pregunto si cuando a mí me preguntan por Román tengo esa cara de tontita, y espero que sí. Aunque, si me preguntan si estoy enamorada, mi respuesta es no, nunca he estado enamorada.

Me han gustado todos los chicos con los que he salido, pero nunca he sentido amor, o enamoramiento. Eso es algo que viene con el tiempo y es posible que mis relaciones acabaran antes de que me atrapara el amor. No lo sé, pero viendo a Daura tan feliz y enamorada decido esforzarme por Román. Por lo nuestro, para que esta vez todo salga bien.

* * *

Noto los labios de Román en mi cuello y siento calor, y no del sexual, sino del que viene precedido de un ataque de ansiedad. Me levanto y me mira impactado.

—Tengo sed, voy a por algo de beber.

Asiente y cuando paso por su lado me da un toquecito en el culo que, siendo sincera, me molesta un poco. Me reprendo por ser tan tonta cuando se trata de cosas sexuales. Creo que mi inexperiencia me hace comportarme una vez más como una chiquilla que no sabe disfrutar del placer de estar enrollándose con su novio en la parte más alta del cine.

Estamos viendo una película…, bueno, estamos dándonos el lote como dos adolescentes. Y al principio era emocionante, pero ha llegado un punto en el que solo pensaba en huir.

Sinceramente, creo que soy un bicho raro. Román me gusta, no debería agobiarme tanto cuando la cosa se pone caliente. Debería sentir curiosidad. La misma que experimento cuando estoy leyendo una novela romántica y siento que se me enciende la piel ante lo narrado.

Llego a donde está la barra de bebidas y palomitas. No me pido nada, solo quería escapar unos instantes. Estoy mirando el cartel de las próximas novedades cuando siento que alguien se pone a mi lado.

—¿No deberías estar dentro enrollándote con tu supernovio? —Es Matty. Le miro, me desconcierta que esté aquí.

—¿Qué haces aquí?

—Me encanta el cine y he venido con Ewan y unos amigos.

—¿Y cómo sabes que yo estoy con Román?

—Porque tu novio tiene una boca que parece más bien un buzón de correos y antes de salir dijo que se iba al cine a meterte mano.

—No ha dicho eso…

—Claro, yo me lo invento porque no tengo nada mejor que hacer. —Lo miro enfadada.

Sus ojos azules me aguantan la mirada hasta que se posan en mi cuello. Alza la mano, me acaricia un lado y pone una mueca desagradable. Su toque es cálido y me sorprende que sea tan dulce… o lo es, al menos, hasta que habla y la caga, como siempre.

—¿Acaso a tu novio le gusta marcarte como si fueras un perro? —Me llevo la mano al cuello y recuerdo dónde han estado antes los labios de Román. Me sonrojo…, odio los chupetones.

Me miro en uno de los espejos que hay en la sala y veo el chupetón. Me saco el pañuelo del bolso y me lo pongo.

—Como si tú nunca hubieras hecho uno…

—Claro que sí, cuando tenía quince años y era todo hormonas. A mis novias las solía marcar. Pero esa época de hormonas revolucionadas ya pasó para mí.

—Bueno, pues algunos lo encuentran sexi.

—Yo lo encontraría sexi si lo hiciera en un lugar donde solo la otra persona pueda verlo cuando se desnude y así me recuerde. No donde todo el mundo vea que, en vez de un novio, soy un vampiro.

—No todo el mundo es como tú —le digo molesta. Y más porque yo pienso como él. No me gusta eso de marcar a la gente como si fuera de su propiedad.

—Yo pienso que las personas deben estar a tu lado porque les da la gana, porque te quieren y porque lo desean. Todos somos libres y si con libertad eliges quedarte conmigo, seré feliz.

Lo miro, pues yo pienso como él. Me sorprende que Matty diga eso; el niño que yo conocí pasaba del amor. Cuesta aceptar que en ocho años las cosas han cambiado mucho. No debería ser

así, pues al mirarlo no queda nada de ese niño y tengo ante mí a un hombre. A uno muy guapo, por cierto. Y, sí, sexi, pero eso me molesta reconocerlo.

—Seguro que lo ha hecho sin querer —estoy diciendo eso cuando noto las manos de Román rodearme como si me reclamara, y por la mirada de Matty sé que está pensando: «¿Seguro?».

—Hola, Thew, ¿no te gusta la peli? ¿O tal vez tú no tienes una compañía tan atractiva como yo?

—Que yo sepa, tu compañía estaba hablando conmigo y no pegada a tus labios. —Matty y Román se retan con la mirada. Ya he notado que estos dos no se soportan.

—¿Cogemos algo de beber y entramos? Estoy deseando seguir donde lo dejamos.

Mis palabras suavizan a Román y lo alegran. Solo lo he dicho porque he notado que, de no meterme en medio, entre los dos iban a saltar chispas.

Pedimos algo de beber y entramos en la sala, y no me vuelvo a mirar a Matty. No lo hago porque siento que vería reproche en sus ojos azules, y ahora mismo no me apetece verlo. No debería importarme, pero por alguna extraña razón, lo hace.

THEW

Tras la peli hemos venido al bar más de moda entre los estudiantes. Está lleno, como todos los jueves, viernes y sábados. Hoy regalan una bebida gratis si subes una foto aquí en el bar a las redes y los etiquetas. Creo que no tardarán mucho en ser de lo más hablado, viendo la acogida de la idea.

Lo que saca el establecimiento con todo esto es que la gente, tras la primera copa, quiere otra más, e Ewan ya me ha dicho que han subido ligeramente los precios.

Estamos acabando una partida de billar cuando veo entrar a Nora con su novio, que no le quita la mano de la cintura. La tiene sujeta de manera posesiva, no como si necesitara tenerla cerca. No soporto verla con él, no creo que él la merezca. Nora ve a Roni, Deb, Mateo y Ginés, y los saluda efusiva. Hace amago de irse, pero su querido novio no la deja. No hasta que la besa delante de todos, dejando claras sus intenciones para después de la fiesta. Nora, roja como un tomate, se marcha hacia donde están sus amigos.

—Si las miradas mataran…

Me dice Ewan, y lo miro molesto.

—No soporto a Román, eso no es nuevo.

—Ya, pero sí lo es cómo miras a Nora.

—La conozco desde que éramos niños, es normal que me preocupe por ella.

—Si tú quieres llamarlo así…

—¿Qué insinúas? —le digo tenso.

—Nada, solo digo que me debes la revancha, y esta vez no pienso perder.

Estamos a punto de empezar la partida de billar cuando alguien me despeina. Me vuelvo y trato de mirar ofendido a Deb.

—No hagas eso, odio que me despeines.

—Por eso lo hago. —Me saca la lengua y me peino sin mucho esmero—. Queremos jugar. Roni y yo contra vosotros.

—No sé si arriesgarme a que me dejes en ridículo —bromeo—. Correré el riesgo.

—Es lo que tiene ser la mejor —dice Deb mirando a Roni.

Jugamos un par de partidas, una la ganamos nosotros y otra ellas. Decidimos dejarlo en tablas y jugar el desempate otro día, porque Deb se marcha mañana temprano a donde juega Neill para verlo y Daura se va con ella. Parece que le gusta uno de los compañeros de equipo de su novio.

Roni y Nora se quedan. Román le ha insistido a Nora para que se quede con él. Nos pedimos algo de beber; Roni se queda porque no se fía de que Román, con lo que está consumiendo, pueda llevar a Nora a su casa y prefiere no dejarla sola. Se viene con nosotros a pedir algo y nos sentamos cerca de las mesas de billar.

Me tomo un refresco mientras veo como Román pasa de Nora; estoy sujetando el vaso con demasiada fuerza, el problema es que no puedo evitarlo viendo cómo la trata. Y Nora parece no verlo. Parece tonta, la verdad. Me molesta que no se dé cuenta de que se merece algo mejor que ser el adorno de nadie.

La veo irse hacia la barra y aprovecho que Ewan y Roni no paran de hablar y no se enteran de nada de lo que pasa alrededor para ir hacia Nora. Me pongo a su lado y me mira aburrida hasta que ve que soy yo, y se pone alerta. Con ese brillo en sus ojos dorados que tanto me gusta provocar.

—¿Aburrida?

—De verte —me responde. Sonrío.

—Ya será menos. ¿Sabes jugar al billar?

—No. —Me mira intrigada—. ¿Acaso me quieres enseñar?

—¿Tienes algo mejor que hacer aparte de ser una mujer florero? —Me mira con rabia y veo que se aleja—. Vale, dejaré de meterme contigo un rato, pequeño, eso sí. —Alza las cejas—. Me aburro y no quiero marcharme y joderle la noche a Ewan. —Le veo sonreír a Roni y esta le devuelve la sonrisa—. Hazme compañía, anda.

Nora mira hacia su novio. Está hablando con unas chicas que parece que lo miran como a un dios. Me pregunto si eso es lo que le atrae a Nora, esa belleza y esa aura de chico malo.

—Vale. Así aprenderé cómo ganarte.

—Eso lo veremos, rubita. —Nora sonríe y vamos hacia la mesa de billar. Se lo explico varias veces. Ella tenía unas nociones básicas de cómo era, pero hasta ahora no le había dado por jugar—. Empieza. Te dejo romper.

Me sonríe como cuando era niña e iba a tirar a puerta, segura de que marcaría, y la gran mayoría de las veces así era. Esta vez le da a romper y no mueve ni una. No puedo contener la risa y me da con el palo en el culo.

—Eh, cuidado, o pensaré que me quieres tocar mi precioso trasero.

—¡Ni en tus mejores sueños! —Coloca de nuevo las bolas—. Pienso tirar todas las veces que haga falta hasta que me salga bien.

Me mira desafiante, asiento y hace lo mismo antes de tirar. Tira un par de veces más antes de pillarle el truco y hacer una salida casi perfecta. Pega un saltito como cuando era pequeña y sonrío ante ese recuerdo. Aunque cuando era pequeña yo le hubiera dicho un «eres tonta, querida», o alguna cosa más elaborada.

Me mira sonriente y le devuelvo la sonrisa, y por una vez no estropeo el momento con palabras dichas sin pensar. Me toca tirar y, a propósito, alargo la partida. Fallo y se regodea.

—No eres tan bueno como te crees.

—Me habrá deslumbrado tu baile, aún trato de sobreponerme a tanto saltito —la pico, no lo puedo evitar. Pero esta vez sonríe y eso me relaja.

—Ya te gustaría a ti bailar tan bien como yo.

—Bailo muy bien, como sabes desde niño he tenido que acudir a muchos bailes y te aseguro que he dejado el listón muy alto en ellos. Además, ya sabes lo que se dice del baile de la cama…

Nora se sonroja y, sin responder nada, tira y mete una. Su baile se hace más efusivo y al mirarme me saca la lengua.

—Soy la mejor.

—Eres una creída.

—Como si tú no lo fueras.

—No tanto como tú. —Me saca la lengua y su actitud infantil me hace reír. Tira otra vez y falla. Y pone un gracioso morrito.

—¿Puedo repetir?

—No, puedes aprender a hacerlo mejor.

Hace como que se concentra. Tiro y esta vez sí meto, pero al repetir jugada evito meter la siguiente. Nora se esfuerza y, sin darnos cuenta, nos queda una bola a cada uno. Me mira tan ilusionada que sé que ha merecido la pena alargar el juego. ¿Quién me lo iba a decir? De niño me encantaba ganarle. Demostrarle que era mejor que ella, y ahora solo me conformo con verla sonreír. Es ridículo. No tiene sentido. Por eso no puedo evitar decirle antes de acabar la partida:

—¿Qué te sorprende más, que llevemos un rato sin picarnos o que estemos jugando juntos?

Estoy a su lado, puedo ver como sus ojos dorados me observan con intensidad y sé que recuerda cuando éramos dos críos que, aunque no podían estar juntos, lo cierto es que siempre andaban cerca el uno del otro. Es como si con los años viera la realidad desde otra perspectiva.

Nora abre la boca para responder, pero no puede hacerlo porque su novio el baboso viene a tocarnos las narices; la besa una vez más pareciendo un perro en celo marcando su territorio. Cuando trata de tocarle los pechos, Nora lo aparta.

—¿Nos vamos? —le dice Román, y me mira serio, como si yo hubiera hecho algo malo.

—Me puedo volver con Roni —dice mirando a la aludida, que sigue ajena a todo hablando con Ewan.

—Prefiero acompañarte. Tienes facilidad para juntarte con moscones.

—Y salir con idiotas —respondo con una sonrisa.

Román me mira desafiante y Nora enfadada; sé que se ha acabado la tregua.

—Solo estaba jugando con él para demostrarle que soy mucho mejor. Y le he dejado creer que no sabía —dice para irritarme—. Sé jugar perfectamente, pero no quería bajarte el ego.

Lo dice para hacer daño, molesta por mi comentario hacia su novio. Se pone de su parte y eso me irrita; sé que miente, he visto en sus ojos que no sabía jugar y que me mienta me jode, por eso sonrío como si me diera igual, me apoyo en la mesa de billar y le digo la primera burrada que se me pasa por la cabeza. Porque es más fácil para mí hacer eso que reconocer que me molesta toda esta situación.

—Yo solo quería reírme de ti, bonita. Y es divertido ver como tratas de parecer tonta.

Nora se pone roja de rabia.

—No sabes cuánto te odio.

—No menos que yo.

Román nos mira satisfecho. Le gusta que nos llevemos mal, que no me acerque a su chica, aunque él no ha parado de ligar toda la noche con unas y con otras sin importarle que Nora ande cerca. Nora me mira desafiante una vez más antes de volverse hacia su novio y tirar de él hacia donde está Roni para irse.

La miro molesto y cabreado por lo que despierta en mí; por eso, cuando varias jóvenes bonitas se acercan a adularme, me dejo llevar.

CAPÍTULO 5



NORA

Me acuesto tras ponerme el pijama cabreada como hace tiempo que no lo estaba. Si ya ha sido malo soportar los piques de Matty y tener ganas de sacarle los ojos por tonto, aún peor ha sido cuando Román se ha pasado todo el camino hasta mi casa diciéndome que no habla muy bien de mí que ande ligando con otro. Hemos discutido, cómo no.

Yo no estaba ligando… ¡Por Dios! ¡Si es Matty! Ni aunque fuera el último hombre de la tierra estaría ligando con él, por mucho que haya disfrutado de nuestra partida de billar y me haya sorprendido su paciencia para enseñarme y que se dejara ganar por mí, para alargar la partida. No sé jugar, no le mentí, solo cuando necesitaba un escudo, para demostrarle que no soy menos que él.

Y no, no estaba ligando, solo estaba jugando con alguien que conozco, alguien que no se puede llamar amigo.

Pero Román no lo entiende, y eso que yo he visto cómo tonteaba con unas y con otras. Se lo mencioné, y le dije que si no le había dicho nada es porque confío en él y porque no me molesta. Será porque no soy celosa… Además, esas mismas chicas han ido tras Matty en cuanto lo hemos dejado solo, no había más que ver cómo les sonreía, con esa cara de tonto. Seguro que ha acabado la noche con ellas, para demostrarles lo bueno que es bailando… ¡No lo soporto!

¿Acaso esas chicas no han visto que, tras esos increíbles ojos azules, esa sonrisa ladeada y ese cuerpo de infarto, no hay nada más? No me puedo creer que caigan como moscas ante un chico increíblemente atractivo.

Roni entra en el cuarto y va hacia su cama. Se mete dentro y apaga la luz.

—Se te veía bien con Thew; en el fondo no podéis estar el uno sin el otro.

—Hemos estado ocho años el uno sin el otro y era superfeliz sin ver su careto.

—Ya, claro, os he visto hablar y reíros. Y, aunque no os guste reconocerlo, os lleváis bien.

—Estaba fingiendo.

—Si tú prefieres pensar eso…

—¡No estaba ligando con él!

—Ya, yo no soy como tu novio. Él sí estaba ligando con esas tías y te acusa a ti de lo mismo solo porque no sabe entretener a su novia. Deberías dejarlo. Román no te quiere a ti, solo quiere el hecho de tener a su lado a una mujer tan bonita como tú.

—Yo no soy tan bonita.

—Claro… Mira, haz lo que quieras. Pero no soporto cómo cambias por un tío. Cuando de verdad quieras a alguien y él a ti, a su lado serás más tú misma que nunca y, si cambias, será para mejor, porque junto a él sacarás lo mejor de ti. Román te anula y, si tú no te das cuenta, por mucho que yo te diga no vas a verlo. Te vuelves muy ciega cuando te enamoras.

—No estoy enamorada.

—Peor me lo pones. Si al menos lo quisieras, entendería que te volvieras tan ciega.

—Me gusta mucho y no es como tú te lo imaginas. Cuando estamos solos es muy cariñoso.

—Demasiado…, que he visto el chupetón de tu cuello. Tiene complejo de vampiro.

—Déjalo ya.

—Como quieras.

—¿Y tú con Ewan? —le digo para cambiar de tema, pues sus palabras me han hecho daño —. Se os ve muy bien juntos.

—Es genial, nunca he conocido a un chico tan maravilloso. Tiene una mente brillante y tenemos muchas cosas en común.

—Eso está muy bien, me parece un gran chico. Aunque sea amigo de Matty.

—Thew también es un gran tío. Aunque tú no sepas verlo.

—No hablemos de él. Me gusta más hablar de ti y de Ewan, se nota que te gusta.

—Que me guste no cambia nada.

—¿Por qué? Eres maravillosa…

—Y nací hombre… Ya sabes lo que pasó la última vez que salí con un chico y descubrió ese secreto.

—Pol era idiota.

—Como fuera, yo creía que, como juraba quererme, no le importaría mi pasado, y sí que le importó. Me dijo que él no era un mariquita, que le gustaban las mujeres…

—Tú eres una mujer. —Me levanto y me meto en su cama—. Eres Roni, y eso es lo único que importa.

—Ewan me gusta mucho y mientras hablo con él me pregunto si debería decírselo ya. Y acabar con esto.

—Díselo si así te sientes mejor, pero no para usarlo como escudo para no enamorarte de él.

—Pol no me gustaba tanto como me está empezando a gustar Ewan… y tengo miedo. A veces siento como si hubiera cometido un pecado horrible y tuviera que pagar por ello. ¿Cuándo acabará esto? Odio sentirme diferente.

—No lo eres. —Se me llenan los ojos de lágrimas. Roni va de fuerte, pero en el fondo todo lo sufrido desde niña la tiene rota por dentro—. Eres maravillosa, buena, sincera, amiga de tus amigos, preciosa… y mil cosas más. Y, si eres diferente, es solo porque eres única. Las personas únicas son las que más valen.

—Gracias, pero esta noche no me siento muy animada. Fui muy feliz hablando con Ewan, demasiado…, y eso me asusta.

—Paso a paso. Estoy a tu lado y, si llega a repudiarte, es que no te merecía. Porque quien te quiere te tiene que querer por encima de todo.

—Con lo romántica que eres, no sé como acabas siempre con impresentables.

Me quedo callada. Por una vez no tengo ganas de defenderme o defender a mis parejas.

—Será mejor que durmamos. Mañana será otro día.

* * *

Nos sentamos, Roni y yo, en las gradas del campo de fútbol para ver el partido. El campo está lleno de gente que ha venido de todas partes. Tras irse Neill, este equipo bajó el rendimiento

y los patrocinadores y las televisiones dejaron de retransmitir sus partidos, tomando más interés por otros que estaban en los primeros puestos. Por eso, entre otras cosas, despidieron al antiguo entrenador. Por lo que nos ha contado Deb, era un auténtico idiota. Luego lo cogió otro que tampoco hizo mucho. Pero con la llegada de este último, Givon, la cosa cambió.

Llegó muy bien al final de la temporada pasada y consiguió que el equipo no bajara de categoría. Y esta temporada ha fichado a nuevos jugadores, entre ellos, Matty, que por mí se podría haber quedado donde quiera que estuviese.

Veo que salen los jugadores de nuestro equipo a entrenar y, aunque debería buscar a Román, mis ojos se van hacia Matty, pero es solo porque no soporto que esté aquí.

Sonríe a algo que le dice Ewan y otro de los compañeros se suma a ellos. Aunque son un equipo, se nota que en verdad hay dos grupos claramente definidos, el de Román y los suyos y el de Matty. Ambos tienen personalidades muy fuertes y eso atrae al resto; el problema es que, como equipo, los separa.

Por eso, aunque acaban ganando, Román y Matty parece que juegan en equipos diferentes…: aunque Matty se desmarca más de una vez, Román no le pasa el balón, sigue hasta llegar a puerta y tirar.

Mientras recogemos para irnos recuerdo nuestros partidos de niños, y cómo jugábamos en equipo. Es cierto que pocas veces me dejaban jugar, todo por culpa de Matty, pero cuando lo lograba, siempre éramos un equipo.

Román me manda un mensaje para decirme que van a ir al *pub* de siempre a tomar algo, que me espera allí. Se lo digo a Roni y propone que vayamos. Sé que está pensando en ver a Ewan y, aunque la alegra encontrarse con él, tiene un miedo terrible a cómo se desarrollará su relación.

Me duele que Roni tenga que sentirse así cuando no ha hecho nada malo en su vida.

Llegamos al *pub* y, como si el destino quisiera fastidiarme, al primero que veo es a Matty hablando con una joven preciosa mientras se pide algo en la barra. Ewan no está muy lejos y, al ver a Roni, sale a nuestro encuentro. Para mi sorpresa, Matty se despide de la morena y viene hacia nosotras.

—¿Has venido a jugar la revancha? —me pregunta Matty a modo de saludo.

Se ha duchado y lleva aún el pelo mojado, lo que hace que su rubio parezca más oscuro todavía. Sus ojos azules me miran pícaros y sé que le gustaría que le dijera que sí, que lo retara, que sacara mis uñas para enzarzarnos en una de nuestras peleas.

—No contigo —le digo, porque no quiero seguir su juego. Por mucho que me apetezca demostrarle que soy mejor que él.

Me separo de ellos y busco a Román. Lo encuentro al fondo con sus amigos, bebiendo chupitos como un loco. Hay varias personas que lo animan como si estuviera batiendo un récord personal. Al verme olvida el juego y se acerca hasta mí. Esta mañana me escribió para pedirme perdón por la pelea de mil formas diferentes. Me mandó un montón de imágenes de perros con cara de pena, niños adorables y hasta flores con sonrisa. Al final le dije que lo perdonaba. Pero no es tonto, sabe que la cosa está tensa entre los dos y tal vez por eso haya preferido dejar el juego para buscarme; y me alegra que lo haya hecho. Eso me demuestra que le importo y, aunque nadie crea en lo nuestro, yo sí.

Me coge y me da un beso de película. Me dejo llevar. La verdad es que besa muy bien y es realmente guapo. No sé qué ha visto en mí cuando puede tener a la chica que quiera. Se separa y me da cariñosos besos en la nariz. Luego me abraza y me pierdo. Me llena este abrazo, pero dura poco, antes de que tire de mí hacia donde están sus amigos.

—Me alegra que estés aquí y que me hayas perdonado. Sabes que a veces puedo ser un capullo integral, pero tú me importas de verdad.

—Lo sé, soy irresistible. —Se ríe y me mira de manera seductora.

—No lo sabes tú bien. —Me sonrojo por su forma de decirlo.

Llegamos donde están sus amigos y sigue el juego. Román bebe más que nadie, algo que ya sabía, y acaba hablando con varias jóvenes que le adulan. Le encanta que lo hagan. Aunque confío en él, una vez más acabo aburrida aquí sentada, contemplando el ambiente. No me llevo especialmente bien con las animadoras amigas de Román, y con sus amigos tampoco. Por eso no hablo con nadie mientras tomo el refresco que me trajo Román cuando fue a la barra a pedir otra ronda de chupitos.

Cansada, le digo que voy a dar una vuelta y acabo saliendo fuera, a la zona del aparcamiento.

Bufo desesperada cuando veo a Matty no muy lejos. Me ve y sonríe por mi cara de fastidio.

—¿Has salido a fumar? —le digo seria.

—No fumo. Tampoco bebo como un carretero, como hace tu novio. ¿Sabes si ha dejado intacta el agua de los floreros?

—Idiota.

—No, el idiota es él por no hacerte caso, pero si tú no lo ves…

—Mejor me marcho. —Me vuelvo para irme, pero su voz me detiene.

—He salido a hablar con mi hermana. —Me vuelvo para mirarlo—. A veces le cuesta dormir y me llama.

Matty se lleva muchos años con su hermana, pero me consta que se adoran. Que haya dejado todo para hablar con ella me sorprende, o tal vez no tanto; en el fondo sé que Matty es capaz de hacer estas cosas por las personas que le importan.

—¿Cómo está?

—Bien, pero ha tenido problemas en el colegio y por las noches siente algo de ansiedad al dormir.

—¿Cómo puede tener problemas en el colegio alguien tan adorable?

—Por eso mismo. Para el resto es demasiado blanda y adorable. Un blanco fácil de mofas y burlas.

Me entristezco, y más porque sé lo que es eso. Yo siempre quería ser amiga de todos. Me acercaba a todos los niños y ellos al final me rechazaban, bien porque no me entendían o bien porque no los seguía como un borrego. Hasta que llegó Roni, para mí ir al colegio era un calvario. No para Matty, que tiene el don de gentes instalado en las venas y con solo abrir la boca le crecen los amigos.

—Sé lo que es eso y lo que duele.

—Yo también; siempre andaba cerca de ti, apartando a los que se metían contigo —bromea y sonríe como solo él sabe hacerlo.

—Nadie te obligó a hacerlo.

—Ya…, me viene de familia, un odioso gen heredado de mi padre. Un verdadero incordio cuando te dan un puñetazo en la cara por defender a una… iba a decir «dama», pero no llegas a tanto —me pica, le acabo dando en el brazo y se ríe. Y su risa consigue que mis labios se alcen hacia arriba—. Lo volvería a hacer, por una dama como tú —aclara, y que no siga con el pique me pilla por sorpresa. Nos quedamos mirándonos. Me cuesta ver dónde acaba el que era y dónde empieza el nuevo Matty. Ha cambiado y no sé si quiero saber si para bien.

Estoy a punto de abrir la boca para hablar cuando del *pub* sale un grupo de personas borrachas que me acaban empujando. Matty, de manera instintiva, me acerca a él para protegerme. Caigo sobre su duro pecho y su perfume invade mis sentidos.

Pongo las manos en su pecho para separarme, pero ignoro por qué no lo hago. Por qué me quedo más tiempo del que debería remoloneando entre sus brazos. Alzo la cabeza y me sorprende ver a Matty mirarme serio. Como si él tampoco entendiera este momento.

—¿Se puede saber qué hacéis? —La voz de Román enfadada es suficiente para que pegue un salto y me separe lo más lejos posible de Matty.

—Unos borrachos como tú la han empujado y ha aterrizado en mi pecho —responde Matty —. Tranquilo, yo nunca me acostaría, ni siquiera tocaría a la chica de otro. Además, Nora no es mi tipo, tenga o no tenga novio.

Me pica, y lo miro llena de rabia.

—¡Yo a ti no te tocaría ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra y de nosotros dependiera la extinción de la humanidad!

—¿Te das cuenta de lo infantil y melodramática que suenas?

—¡Te odio! —le digo cuando se aleja.

—Y yo a ti, querida.

Me vuelvo hacia Román y sonríe como el que disfruta viendo algo. Está claro que le gusta saber que entre Matty y yo solo hay desprecio. Y aunque es lo que ha habido siempre, siento que estoy cansada de esto. Que una parte de mí se pregunta por qué no podemos ser amigos.

CAPÍTULO 6



THEW

Mi padre me llama al finalizar las clases para contarme qué ha pasado con el hotel tras poner cámaras de vigilancia y estar varios días investigando. Saber lo que ha sucedido me deja frío, sé que igual que a mi padre; yo no sé qué haría en su lugar.

—Voy a ir allí esta tarde. ¿Te veo en el hotel?

—Claro, allí estaré. Avísame cuando salgas, para calcular cuándo llegarás.

—Genial, nos vemos esta tarde.

Cuelgo y me quedo pensando en lo que me ha contado mi padre.

—¿Va todo bien? —Miro a Nora, que se ha puesto a mi lado cargada con sus libros—. No es que me importe, claro.

—Claro —le digo tratando de ocultar una sonrisa.

Empiezo a andar hacia mi coche y, como yo esperaba, me sigue, pues ya sabía que es una chica curiosa.

—Tú mismo —dice a mi lado.

Es increíble que dos personas que supuestamente no se soportan no puedan estar lejos la una de la otra. De niños era igual. Hay algo que siempre me hace estar pendiente de ella, y me gusta saber que es mutuo.

—Mi padre tiene problemas con uno de sus hoteles, el que está cerca de aquí.

—Vaya, lo siento. ¿Qué ha pasado?

—Le estaban robando y no sabíamos quién era; descubrimos que era desde la cocina y hemos pillado al culpable, pero eso nos ha dejado chafados.

Nora me mira tan atenta que tropieza y, si no la llego a coger, se va de morros contra el suelo.

—Gracias.

—De nada, patosa —le digo, ganándome que me saque la lengua como una niña pequeña —. Eres muy infantil.

—Como tú.

—Yo no voy sacando la lengua por ahí…, a menos que busque algo de esa persona, claro…

—¡Guarro! —Pone cara de asco y me río. La veo sonreír y me encanta cómo se le marca el hoyuelo en la mejilla—. ¿Y qué ha pasado?

—Me preguntaba cuánto tardarías en hacer esa pregunta.

—En verdad no me importa.

—Ya, claro. —Abro mi coche—. Sube, te llevo a tu casa.

Duda, pero se monta en mi coche. Lo pongo en marcha y le cuento lo sucedido.

—Hemos descubierto que quien está pidiendo comida de más es el que se encarga de donar el sobrante de alimentos en el restaurante a casas de caridad. Pide más comida para poder darle más a los más necesitados. Algo bueno, pero nos está engañando, y sé que mi padre, de haber sabido que necesitaba más alimentos, se los hubiera dado sin que tuvieran que aprovecharse de su buena fe.

—Es cierto eso que dicen que de bueno, tonto. Y entiendo tu cara; no están robando para un uso personal, es para otros. Pero sigue siendo un delito…, es complicado. —Asiento—. El otro día leí que un supermercado donaba toda la comida que se rompía. Cajas de galletas rotas que no se vendían, por ejemplo; pillaron a la gente de esa organización rompiendo productos a propósito para tener más comida. Es algo que se hace para tener más, pero te hace sentir estúpido también, porque tú ya estás ayudando de manera altruista, y se aprovechan de eso. Y la lástima es que los que salen perdiendo son los más necesitados. Sé que tu padre tomará la mejor decisión y seguro que ayuda más, pero no todo el mundo es como él y se han arriesgado a perder ese aporte de comida.

—Sí. Esta tarde vendrá mi padre, iré con él y a ver qué hace.

—Sé que hará lo correcto.

—Si quieres te invito a comer y esperamos a mi padre en el hotel. —No sé por qué le propongo algo así. Me desconcierta mi petición, tanto que acabo por apretar los puños sobre el volante.

Hemos llegado a su casa y estoy aparcado en doble fila. Me atrevo a mirarla antes de hablar y decir alguna estupidez más. Sus ojos dorados me observan; no puedo descifrar lo que piensa y juro que en este instante nada me gustaría más. Aparta la mirada y pone la mano en la manecilla de la puerta del coche.

—Tengo cosas que hacer.

Se marcha y me quedo mirando como se pierde tras la verja de su casa. La veo ir hacia donde queda su bloque de pisos y la observo hasta que dejo de verla; sé que si me siento así es porque en el fondo deseaba que dijera que sí.

* * *

Observo a mi padre trabajar. Yo no ando lejos por si me necesita, aunque sé que no lo hará. Ha decidido despedir al hombre que nos estaba quitando comida. Le ha pagado una buena indemnización y le ha dicho que, si hubiera sabido que necesitaban más comida, se la habría dado, pero que ahora no se fía de él. Y que ha puesto en riesgo el que siga colaborando con la gente necesitada. No va a retirar la colaboración. Está dando indicaciones a uno de sus hombres de mayor confianza en el hotel para que se encargue de ese tema y le informe si hiciera falta ampliar las donaciones.

—Ya estoy contigo —me dice viniendo hacia mí—. ¿Cenamos juntos en mi habitación?

—Claro.

Sé que mi padre necesita intimidad para dejar de ser el hombre responsable que esperan y poder ser solo mi padre.

Llegamos a su cuarto y nada más entrar pedimos unas hamburguesas y patatas fritas, mi comida favorita y la suya. Se quita la chaqueta y la corbata. Somos muy parecidos, pero, aunque se intuía que con los años yo sería un clon suyo, me he ido pareciendo también más a mi madre.

Mi hermana también tiene rasgos de los dos y cada vez es más bonita; no sé cómo llevaré el hecho de que empiece a tener novio. Creo que seré un hermano horrible para sus parejas. Que se fastidien, pienso proteger a mi hermana.

—Estoy reventado —dice mi padre sentándose en el sofá tras haberse desabrochado un poco la camisa azul.

—Yo también, y eso que hoy no he tenido entrenamiento —le digo sentándome a su lado.

Desde que me fui de casa no pasamos mucho tiempo juntos y, siendo sincero, los echo de menos. Irme fue una de las decisiones más difíciles para mí y sé que para ellos también, pero temían que acabara mal. Y viendo lo que le está pasando a Erik me pregunto si no estaban en lo cierto.

Cuanto más mayor me hago, más entiendo cosas que de niño me era imposible comprender. Los odié mucho tiempo por mandarme lejos. Nunca se lo dije, pero evitaba llamarlos. Y cuando ellos me llamaban siempre les ponía una excusa para colgar rápido. No soportaba estar lejos de mi casa, sentirme solo por las noches y desear estar de vuelta. Nunca les pedí volver, porque mi orgullo era más fuerte que mi deseo de estar en casa.

Sin darme cuenta me sumergí en la historia. Me encantaba ir a museos o a tiendas de arte. Eran mi vía de escape cuando viajaba. Mi distracción para no pensar en todo lo que extrañaba, y sé que si acepté venir a esta universidad fue, entre otras cosas, porque estaba más cerca de mi casa. Lo peor es que cuando estoy en ella no sé encontrar mi sitio. Es como si todo hubiera cambiado y a la vez siguiera igual. Sé que el que ha cambiado he sido yo y no sé cómo encajar en la vida que un día fue mía.

—¿Cómo te van las cosas en la universidad?

—Bien, no creo que tenga problemas para aprobar, si es lo que te preocupa. —Sonríe y me mira.

—No me preocupa, sé que puedes conseguir lo que quieras. Y ahora, dime, ¿cómo van las cosas con Nora? ¿Habéis salido ya en los periódicos por escándalo público?

—No, por extraño que parezca. —Sonrío mientras pienso en cómo a veces parecemos amigos y otras los peores enemigos de la historia—. Nos llevamos mejor que antes.

—Eso ya es mucho.

—Sinceramente, lo que menos me gusta de Nora ahora mismo es su novio. No me cae bien y no creo que sea bueno para ella —le confieso, y digo en alto lo que de verdad pienso—. No sé cómo puede estar con alguien así. Al principio creía que había cambiado mucho y que por eso estaba con alguien tan idiota. Pero cuanto más hablo con ella, más veo a la Nora de siempre. La que tenía mil pájaros en la cabeza, la que parecía inocente hasta que se metían con los más débiles y sacaba las garras, y la que creía que el amor podía curarlo todo. No sé cómo encaja en esa Nora alguien como Román. Siento que algo se me escapa.

El silencio cae sobre mí y, cuando me vuelvo a mirar a mi padre, veo que me observa con una sonrisa de sabiondo en la cara.

—Ya lo descubrirás.

—No me gusta, si es lo que estás pensando con esa mirada.

—No, claro, yo no digo nada.

Lo miro molesto y decido cambiar de tema. Por supuesto que no me gusta Nora, ni un poco…

Nos traen la cena y nos la tomamos mientras vemos un partido de fútbol. Hablamos de cómo me va con mi equipo y de que, aunque me encanta jugar y sé que estoy aquí por eso, mi

meta en la vida no es ser futbolista; tengo otras cosas en mente.

Mi padre me dice que me puedo quedar a dormir, pero, aunque una parte de mí lo desea, al final me despido de él y le prometo que iré la semana que viene a casa, en los días del puente que tenemos.

* * *

Entro en la cafetería durante el intercambio de clases; necesito un café doble. Anoche, tras regresar a mi cuarto, me puse a repasar unas cosas y se me hizo muy tarde. Me pido el café, observo la cafetería y, como si un imán me atrajera, mi mirada se posa en Nora, que está al fondo y no parece tener mejor cara que yo. Pido otro café, me acerco a ella y se lo dejo delante. La mesa está llena de apuntes.

—No tienes buena cara —le digo, sentándome a su lado.

—Gracias —dice cogiendo el café y echándole azúcar—. Tengo una exposición a última hora y la verdad es que no sé cómo me saldrá.

—Mal, seguro. —Me mira enfurecida y me río—. Es broma. Tú misma sabes que te saldrá bien.

—Es posible que piense que no me irá mal, pero sabes que nunca he sido muy buena estudiante.

—Antes no estudiabas lo que te gustaba.

—Es cierto. —Sonríe y da un trago a su café—. ¿Qué tal con tu padre? ¿Se ha solucionado todo?

—Hemos tomado medidas y sé que no se siente bien por haber tenido que vigilar más de cerca lo que se hace con las donaciones. Es una lástima.

—Lo es, pero en parte entiendo a esa gente. El hambre te lleva a hacer cosas desesperadas. Es horrible pasar hambre. —La recorre un escalofrío y me sorprende su reacción—. No es que yo lo sepa, claro —añade como si hiciera falta.

—Claro —le digo no muy convencido—. ¿Vas a ir a tu casa la semana que viene? —le pregunto para cambiar de tema, pues se la ve muy tensa y creo que, si indago ahora más sobre este tema, se cerrará en banda.

—Sí, tengo ganas de verlos. Y ver cómo está Summer. ¿Te enteraste de lo que hizo Erik?

—No, ¿qué ha hecho esta vez? —Me lo cuenta y siento que la rabia se apodera de mí—. Es un idiota. Parece mentira que hace unos años fuera un buen amigo.

—Las malas compañías y las drogas…, porque los dos sabemos que Erik hace tiempo que se dejó tentar por ese mundo. ¿Tú las has probado?

—No, no me tientan todas esas cosas. Pero tu novio, sí, por si no lo sabes.

—Lo sé. Aunque tú no lo creas, no soy tonta, sé cómo es Román.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es? Ilústrame.

—Le gusta aparentar e ir de ligón. Bebe y prueba cosas que le ofrecen, pero todo es solo por interpretar un papel… En verdad…

—En verdad estás esperando reformar al chico malo. Eres patética. —Me mira con rabia; la tregua se ha acabado—. Los chicos malos reformados no existen, existen los que se sienten perdidos y a veces alguien puede ayudarlos a encontrar su camino. Pero esa moda de creer que los chicos que son malos pueden ser reformados por amor os está atrofiando el cerebro. Amar a

alguien no es soportar cosas que no soportarías por nadie. No es aguantar pase lo que pase y conformarse con unas migajas de mierda. Eso no es amor, eso se llama obsesión.

—Tú no sabes nada. ¿Acaso has tenido novias?

—Pues claro que he tenido novias. Y la cosa ha ido mal, pero te aseguro que me esforcé por ser un buen novio. Que cuando estaba con ellas no existía otra y que, aunque sintiera que algo me faltaba, nunca las culpé a ellas porque lo nuestro no fuera perfecto.

—Tú no lo conoces como yo —dice recogiendo sus cosas.

—No, pero siento que tú tampoco lo conoces de verdad.

—¡¿Y qué te importa?!

—Pues mira, no debería importarme, pero cuando te veo con él no lo soporto.

—Eso son celos. —Me río.

—¿Por ti?

—Tal vez no por mí, pero sí por estar con alguien. Yo que tú, me lo hacía mirar, tienes un problema.

—No lo tengo, y claro que deseo enamorarme y estar con alguien, pero no he encontrado a esa persona. Y no, no quiero que mi relación sea como la tuya. Nunca podría tener celos de una relación así.

—No estás siendo justo. No ves la realidad.

—No, es cierto, porque sigo sin comprender por qué, pudiendo tener al hombre que quisieras, eliges a alguien que, en vez de hacerte brillar, te apaga. No lo entiendo.

—No me conoces. No sabes nada de mí —me dice con los ojos dorados llenos de lágrimas, y se me parte algo dentro. Atrapo la única que cae por su mejilla. Se queda quieta mirándome mientras mi dedo recorre su aterciopelada piel.

—Sí te conozco, Nora, sé cómo eres y tú sabes cómo soy yo. Pese a todo, siempre hemos estado ahí el uno para el otro y sé que siempre lo estaré. No importa la hora que sea, o el motivo, si me dices «ven», sabes que lo dejaré todo por ayudarte. Los dos lo sabemos, porque siempre, incomprensiblemente, ha sido así.

—No lo entiendo. No somos amigos.

—Yo tampoco, pero nunca he estado lejos de ti.

—Sí lo has estado, ocho años. No sabes lo que fue…

—Sí, lo sé. Pero no podía volver.

—Ni escribirme —me dice al fin, y veo el dolor que le causó mi decisión.

—No podía escribirte porque no sabía qué decirte.

—Porque no sabes nada de mí. ¿Ves?

—Porque te extrañaba, tonta. ¿Ves como no sabes ver la realidad? Me voy a clase. —Termino mi café y empiezo a irme, incómodo por haberle confesado algo así.

—Matty —me llama, me vuelvo y la veo perdida—, ¿cómo se puede extrañar a alguien que siempre has tenido cerca y has deseado lejos? No tiene sentido.

—¿Y cuántas cosas hay que no lo tienen en esta vida?

No añade más y me marcho, necesitando espacio entre ella y yo. No sé qué me está pasando. Y tampoco sé si me gusta.

CAPÍTULO 7



NORA

Abro la puerta de mi casa y estoy tan distraída que ni me percato de que la persona que está dentro de ella es Mateo poniendo la mesa. Al verme, me sonríe y me saluda.

—Buenas, Nora, hoy cocino yo.

—Bien —le digo seca, y por la cara de Mateo sé que ha notado que algo no anda bien—. Me alegra que estés aquí. Voy a cambiarme.

Asiente y voy a mi cuarto. Necesito un poco de espacio. Llevo toda la mañana con la mente en otra parte. Pensando en Matty, en sus palabras, y lo peor es que le creo. Su mirada me ha parecido más sincera que nunca. Pero no logro entender cómo podría extrañarme con lo mal que nos llevábamos, o cómo podía hacerlo yo.

Me siento en la cama y recuerdo nuestro último encuentro. Le dije que le odiaba porque era más fácil decir eso que confesarle que me dolía que se marchara.

Es complicado mirar a este Matty y no recordar al que fue. Aunque, si soy sincera, sé que ha cambiado. Nos gusta picarnos, está claro, pero hay una madurez en su mirada que nunca estuvo. Es como si en vez de cuatro meses nos lleváramos muchos más. Como si todo lo vivido por él en estos años le hubiera hecho madurar más deprisa.

No sé qué somos, si conocidos, amigos o dos personas que no pueden estar lejos la una de la otra, pero que en verdad no se soportan.

Se abre la puerta de mi cuarto y aparece Roni tras un gran ramo de rosas.

—De Román —me dice sin mucha emoción.

Miro las perfectas rosas rojas: son preciosas, eso no se puede negar; el problema es que no puedo dejar de pensar en que hace poco le dije que me encantaban las margaritas y que mi ramo favorito sería uno de margaritas. Lo hice con la clara intención de saber si me escucharía, si pondría por encima lo que yo deseo a lo que él quiere, y parece ser que no.

—No veo que te emocione este derroche de dinero, muy tonto, por cierto.

—Estoy cansada. —Cojo las flores y miro la nota. Dice que me echa de menos y que me desea.

Últimamente está algo pesado con ese tema. Siento que me está presionando un poco. Cuando nos liamos sus manos van por todos lados y, aunque no me resulta desagradable, no siento que esté preparada para algo más. Tal vez solo sea miedo a lo desconocido, por haber retrasado tantos años el intimar con alguno de mis novios. No lo sé. Estos días mi cabeza es un caos.

Pero me siento la peor novia del mundo. Por eso cojo el móvil y le mando un mensaje a Román, para darle las gracias por el ramo. Me llama. Roni mira quién es y se marcha para dejarme intimidad. Eso sí, poniendo mala cara.

—Hola, preciosa —me dice cariñoso, y esto me saca una sonrisa y me obligo a olvidar todo lo demás—. Me alegra que te hayan gustado las flores.

—No tenías que comprarme nada.

—Ya, pero esta mañana te vi con mala cara y quería hacerte sonreír.

Me sorprende que haya sido por eso. Yo no lo he visto, pero parece ser que él a mí, sí. Su detalle acalla todas mis dudas. Da igual que no sean margaritas; ha comprado este ramo para hacerme feliz, el resto no importa.

—Gracias, pero me habría gustado más que hubieras venido a verme.

—No podía, tenía clase, pero de camino llamé a la floristería. Hice lo que pude. —Y es cierto, al menos ha tenido el detalle—. Esta tarde tengo entrenamiento, pero luego podemos estudiar juntos en mi cuarto.

—Los dos sabemos que cuando estamos en tu cuarto nunca estudiamos. —Se ríe.

—Bueno, eso no es cierto, estudiamos el arte de besarnos. —Sonrío.

—No sé…

—Vamos, quiero estar contigo.

—Está bien —accedo.

—Genial, te espero tras el entrenamiento y vamos juntos a mi casa.

—Bien.

—Nos vemos, preciosa.

Cuelgo y miro las flores olvidadas en la cama. Las acaricio y decido ser feliz con lo que tengo. Con sus ganas de verme. Y con todo lo que me gusta de mi novio. Nadie me obliga a estar con él, estoy con él porque quiero. Y me cansa que la gente, o más concretamente Matty, me haga cuestionarme cosas. Hasta aquí, él vive su vida y yo la mía.

* * *

—¿Entonces seguís sin encontrar compañeros de piso? —pregunto mientras degusto los espaguetis a la carbonara que ha hecho Mateo.

—Algunos piensan que por ser gais vamos acostándonos con todo hombre que se nos ponga por delante —dice Ginés molesto.

—La gente tiene muchos prejuicios —les responde Deb, que está a su lado—. Y lo peor es que pensamos que cada vez hay menos e ignoramos lo que sucede en realidad.

—Sí —dice Roni más bien para ella.

—Pero no hay que hacerles caso, la gente que de verdad te quiere solo espera de ti que seas tú mismo, nada más —le responde Mateo a Roni, y esta sonríe.

Aun así, la conozco y sé que está pensando en lo mucho que le gusta Ewan y en si debería contarle su secreto. Me duele que tenga que ir diciendo algo que le hace daño solo porque siente que ha cometido un pecado horrible. Pero sé mejor que nadie lo dañina que puede ser la gente, y no todo el mundo está dispuesto a dar la cara por alguien a quien acaba de conocer. Como si el ser humano eligiera de quién se enamora…

—¿Estás así por ese Ewan? —pregunta cotilla Mateo a Roni.

—No. —Pero su sonrojo la delata.

—Ya, claro, y yo soy cura.

—Solo somos amigos.

—Ya, como yo y Ginés, y llevamos ya casi tres años juntos.

—La verdad es que no sé como te soporto —le pica su novio, y Mateo pone mala cara—. Tal vez porque me encanta picarte.

—Yo no me pico.

—No, claro, nada de nada —le responde Ginés.

Mateo pone morros y me cuesta reprimir la risa, pero al final me sale cuando Deb rompe a reír y hasta Mateo es contagiado por esta. Aunque nos saquen tres años, nunca me he sentido con ellos como si fuera inferior. Siempre nos han tratado a Roni y a mí con mucho cariño y tuvimos suerte de contar con ellos en el primer año de universidad. No sabíamos cómo sería nuestra vida fuera del pueblo, pero sí que sería mejor que allí, con tanto idiota suelto mirando mal a Roni. Y la verdad es que la vida universitaria no tiene nada que ver con el instituto. En clase cada uno va a lo suyo y fuera…, bueno, como siempre, pero si algo no te gusta puedes optar por dejar de ir a ese lugar y punto.

* * *

Llego a los entrenamientos justo cuando los chicos empiezan a salir del vestuario ya cambiados y listos para irse. Como no es la primera vez que vengo, ya lo había calculado para no estar un buen rato esperando a que Román saliera.

No tardo en verle salir con sus amigos, compartiendo risas y burradas. La verdad es que sus amigos no me caen muy bien. Al verme les dice que lo esperen y viene hacia mí. No entiendo muy bien por qué les dice eso.

—Hola, guapa. —Me besa como siempre, como si fuera el agua que necesita para vivir, y sonrío entre sus labios.

—Hola, ¿nos vamos? —Pone mala cara y sé que lo que va a decirme no me va a gustar.

—Tengo que ir con los chicos un segundo a un sitio, es urgente. Si no, no te dejaría tirada. Pero es rápido. ¿Puedes ir tú a mi casa y esperarme allí? —Me pone cara de cordero degollado mientras repite varias veces «por favor».

—O mejor lo dejamos para mañana…

—Quiero estar contigo. —Me besa una vez más—. Por favor, solo serán unos minutos.

—Puedo esperarte aquí…

—No, mejor allí, que tienes tele y puedes distraerte más y no estar sola.

—No sé… —Me vuelve a besar.

—Te compensaré —me dice cariñoso, y al final asiento—. Eres la mejor.

Me da un beso rápido y se va con sus amigos. Los veo alejarse desconcertada, tanto que no reparo en que Matty está a mi lado hasta que habla.

—A ver si le he entendido. ¿Has quedado con el cabeza hueca de tu novio y te deja tirada para irse con sus amigotes? —Lo miro molesta. Lleva el pelo húmedo y la chaqueta del equipo puesta. Sujeta el macuto colgado al hombro con una mano mientras me mira.

—No te importa.

—Me pregunto por qué no sacas ese genio con él. Te ha molestado que te dejara tirada.

—Déjame en paz. Y no me ha dejado tirada…

—Lo he escuchado todo.

—Como buen cotilla que eres.

—No por cotilla, andaba cerca. Vamos, tengo el coche al lado. Aunque a tu novio no se lo parezca, no vivimos cerca de aquí.

—No está tan lejos.

—Mejor ir en coche, ¿no? —Empieza a andar hacia su coche y lo sigo.

La verdad es que ir sola hacia la fraternidad no me apetece. No es que esté lejos, es que para llegar a ella tienes que pasar por varias callejuelas oscuras y algunas de ellas están llenas de grupos de gente fumando y bebiendo.

Matty deja sus cosas en el maletero tras abrir el coche. Entro en el asiento del copiloto y espero a que entre. No tarda en hacerlo y, por suerte, pone el coche en marcha sin abrir su bocaza. Hacemos el viaje en silencio y lo agradezco. Ahora mismo no sé muy bien cómo sentirme. Casi habría preferido que Román no me hubiera hecho quedar para luego ni dejarme plantada por sus amigos. Me pregunto si de verdad tardará poco o no; con él nunca se sabe.Una vez en la fraternidad comprobamos que ya han llegado varios de los aquí residentes. Me siento algo incómoda y miro la sala donde se proyectan deportes sin muchas ganas de quedarme ahí sola esperando a Román.

—Ven, en mi cuarto también tengo tele —me dice Matty, y lo miro sorprendida porque haya sabido leer mis pensamientos.

Abro la boca para decirle que no, pero los gritos de la sala hacen que solo asienta y lo siga hasta el último piso. Su cuarto es el más grande, por ser el capitán. Ya me dijo Deb que era el mismo de Neill, pero hasta ahora no había tenido ocasión de verlo.

Matty entra y deja sus cosas cerca de la cama. Observo el cuarto impresionada mientras él se mueve por este dejando sus cosas y recogiendo otras. Tiene una estantería llena de piedras y fotos. Me acerco a ella y me quedo impactada por la cantidad de lugares que plasman las fotos: todas son de ruinas, de sitios que antaño lucían con grandiosidad. Me fijo en una en la que él está cerca de un acantilado. No se ve mucho de las ruinas, pero me sorprende advertir que son redondas. Casas con forma de círculo. Cojo la piedra y la foto.

—Son piedras cogidas de cada lugar donde he estado viendo ruinas.

—¿Y son parte de las ruinas?

—Algunas, sí, otras estaban protegidas y no pude cogerlas.

—Has viajado mucho.

—Sí. —Noto tristeza en su voz.

—¿No te gustaba?

—¿Sinceramente? —Asiento—. Al principio lo odiaba. Estaba en un internado lejos de todo y se suponía que era por mi bien. Yo no pensaba igual. Me escapaba e iba a visitar unas ruinas circulares que había cerca. —Miro la foto, pues es la que he cogido—. Me gustaba sentarme sobre ellas e imaginar cómo sería la vida allí hace tantos años. Pensar en la vida de otros me ayudaba a no pensar en todo lo que en ese momento quería cambiar de la mía. Y al final mi vía de escape fue algo que se convirtió, sin yo saberlo, en mi modo de vida. Cada vez que viajaba buscaba ruinas o museos donde hubiera hallazgos de cosas antiguas. Me perdía en ellos y me imaginaba cientos de historias. Luego investigaba para saber si había acertado, y algunas cosas sí, otras ni de lejos. Pero sin darme cuenta me empecé a interesar por la historia.

—Y decidiste estudiarla.

—Lo hacía antes de saber que era lo que me gustaba. —Sonríe y se le marca el hoyuelo—. Quédatela.

—¿La foto?

—La piedra; si entre todas las que hay has elegido esa, será por algo.

—Me ha gustado la foto. —Se ríe.

—Puedes quedarte la foto también.

—Es tuya.

—Seguro que volveré y, si no, siempre me quedará el recuerdo.

—Es curioso que tú digas algo así, cuando te gusta estudiar quiénes somos y de dónde venimos.

—Y hacia dónde vamos. A veces el ser humano, sin darse cuenta, comete los mismos errores que ya cometieron sus predecesores.

—Eso es cierto. —Miro la piedra y la foto y me las guardo en el bolso. No sé por qué quiero tener algo así; solo es una piedra.

Matty se sienta en la cama y me instalo a su lado, como si fuera lo más natural del mundo. Dejo el bolso cerca y, cuando él se tira hacia atrás, hago lo mismo y acabamos mirando el techo. No decimos nada. Es raro, teniendo en cuenta que casi siempre abrimos la boca para decir estupideces el uno al otro. Algo está cambiando entre los dos…

—¿Crees que de haberte quedado hubiéramos acabado siendo amigos? —Me mira y hago lo mismo.

Sus ojos azules me parecen más intensos que nunca; es como si los viera por primera vez. Me pregunto si siempre tuvieron tantos matices. Tantas tonalidades que solo hacen que se realce su mirada.

—Supongo que, una de dos, o nos hubiéramos acabado matando o acostando juntos, por eso que dicen de que los que se pelean se desean. —Lo golpeo con uno de los cojines.

—Eres tonto. —Se ríe y me contagia—. En nuestro caso no es así, yo no te deseo nada.

—Ni yo a ti, rubita.

—No has respondido a mi pregunta.

—Yo creo que sí —dice sincero.

Noto pesar en su mirada y sé que él también puede verlo en mis ojos. Es como si nos hubieran quitado ocho años de nuestra vida. De lo que hubiera sido crecer juntos. Y me siento culpable porque todo fue en parte por mí.

—Lo siento…

—Yo no —dice adivinando por dónde voy—. Me volvería a meter en esa pelea una y otra vez. No fue justo lo que le dijeron a Roni.

—A Roni le gusta Ewan —le confieso.

—A Ewan le gusta Roni —me confiesa.

—Ella tiene miedo de lo que pueda pasar si él sabe cómo nació. Teme que, de saberlo, huya y lo que está naciendo entre los dos se estropee.

—¿Le ha pasado antes?

—Sí, salió con un chico nuevo el verano pasado mientras gran parte de los habitantes del pueblo se habían ido. Él acababa de llegar al pueblo con su familia. Roni era feliz y pensó que la quería de verdad, por eso le contó su pasado… Él la repudió y, ante ella, se limpió la boca con asco mientras escupía, como si hubiera besado a alguien contagioso. Luego se unió a los que se metían en el pueblo con ella.

—Y eso os hizo veniros a estudiar aquí, ¿no? —adivina, y no me extraña.

—Sí, Roni merece ser feliz. Y aunque nunca me dijo que estaba harta, yo lo sabía. Tener que sentirte culpable por algo así es horrible.

—Lo es. ¿Y por eso estudias lo que estudias? ¿Para ayudar a otros niños?

—No tiene nada que ver.

—Ya, pero siento que estudias eso para que otros niños no pasen lo que tú pasaste, aunque eras muy pequeña cuando Robert te acogió. No puedes recordar nada. —Aparto la vista y miro el techo inquieta—. Nora…, ¿qué recuerdas?

—Lo suficiente para no querer que otros niños pasen por eso.

Se hace el silencio entre los dos y me pregunto por qué le he confesado algo así, algo que no sabe nadie. Abro la boca para romper este momento, para decir alguna cosa hiriente, pero una llamada entrante a mi móvil me evita decir nada. Lo cojo: es Román.

—Hola, preciosa, ¿dónde estás? Estoy en mi cuarto.

—Voy, no tardo.

Cuelgo y miro a Matty, que se ha incorporado en la cama.

—Si algún día necesitas algo —saca una llave de la mesita de noche—, entra en mi cuarto.

—Sí, claro, y pillarte con alguna… —La deja sobre mi palma.

—Siempre te podrías unir —bromea—. En serio, quédatela. Toca antes de entrar, si quieres, pero me quedo más tranquilo si sé que tienes un lugar adonde ir.

—Lo dices como si Román fuera a hacerme algo. —Por sus ojos pasa algo que no me gusta —. No me va a hacer nada. No soy tonta. —Tiro su llave sobre la cama, enfadada por lo que insinúa de mi novio—. Por un instante pensé que podríamos ser amigos, pero ahora me doy cuenta de que eso nunca pasará entre nosotros dos.

—Yo solo lo hago…

—Tú solo lo haces porque no puedes asumir que nunca haya necesitado que nadie me cuide o me proteja. No soy débil.

—Que una persona necesite ayuda no la hace débil, Nora. Si no entiendes eso, es que tienes un problema.

—Tú eres mi problema.

Me marcho de su cuarto dolida, porque por un momento era feliz atisbando cómo sería ser su amiga.

* * *

Las manos de Román están por todo mi cuerpo. Me gusta cómo besa, pero, si he de ser sincera, cuando se me ha puesto encima y me ha invadido en la cama con su cuerpo he sentido algo de pánico.

Ahora sus manos están tocando mis pechos sobre la camiseta y sé que debería sentir algo más de inquietud. Deseo, placer, o todas esas cosas maravillosas que narran en las novelas que leo. Esas que me encantan y que te hacen creer que el amor de verdad se siente con tan solo un roce. A mí me gusta Román, debería gustarme todo esto. Ya tengo veinte años, no soy una niña. Creo que les doy demasiadas vueltas a las cosas, o que tengo demasiado miedo…

Tengo la cabeza en cientos de cosas, y me esfuerzo por sentir placer. Por eso, cuando tira de mi camiseta, le dejo. Y aguanto, hasta que mete sus manos bajo mi sujetador y me toca los pechos. Me voy hacia atrás y me retiene.

—Para…

—Vamos, te gustará, confía en mí. —Su insistencia me inquieta y pienso en la llave de Matty; lo odio por meter esas dudas dentro de mí.

—No. —Se aparta y, aunque parece serio, al final me sonríe, me tiende la camiseta y me abraza.

Eso hace que me enfade más con Matty, por su manera de decirme que tal vez necesitaba huir de mi novio, cuando está teniendo una paciencia infinita. Lo abrazo con fuerza. Me encanta cómo huele. Todo está bien. Ya sentiré pasión, y él será lo único que ocupe mi mente mientras estemos juntos.

CAPÍTULO 8



NORA

Roni saluda a Ewan y este la mira embelesado. Está claro que estos dos cada vez se gustan más.

Acabamos de entrar en la cafetería y, como todos los días, la veo mirar con anhelo hacia donde están Matty e Ewan. No se sienta con ellos, porque yo siempre tomo la dirección contraria y ella me sigue. Sigo molesta con Matty por lo que me dijo, y en esta semana y media no le he dirigido la palabra, pero creo que ha llegado el momento de hacer algo por Roni. Por eso, tras pedirnos unos cafés, voy hacia donde están los chicos.

—¿Dónde vas? —me dice Roni siguiéndome.

—Creo que solo por hoy podré soportar a Matty.

Roni sonríe y me sigue feliz. Al llegar se sienta al lado de Ewan, tras saludarlo. Matty me mira con una sonrisa de suficiencia que juro tengo ganas de borrarle y también de tirarle el café a esa cara tan apuesta que tiene.

—No te soporto más que otros días —le digo sentándome a su lado.

—Qué privilegio ser el hombre al que menos tragas.

—Si tú lo ves así…

—Cambiando de tema —dice cortando nuestro pique—, ¿os vais mañana en el coche de Roni al pueblo?

—Sí, a mí lo de conducir me aburre un poco.

—Más bien di que te distraes con una mosca —me pica Matty.

—Pues no, es solo que no me gusta tanto como a otros. —Sonríe.

—Lo digo porque nosotros también vamos y podemos compartir coche.

—¿Nosotros?

Mira a Ewan, que no para de hablar con Roni.

—Ewan iba a pasar el puente aquí y le he invitado a casa, bueno, más bien le he obligado a venirse.

Matty sonríe con cariño; está claro que no le gusta dejar a su amigo solo, y tal vez haya algo más… Sé lo justo de Ewan y su familia, por Roni, como para saber que no tiene un especial trato con ellos. Son muy raros.

—Sabes que es un buen plan; a cambio, te dejo que esta noche nos invitéis a cenar en tu casa.

—Tú tienes mucho morro, ¿no? —Asiente sonriente—. ¿Por qué debería invitarte a cenar? ¿Acaso piensas que voy a cocinar para ti?

—Podemos cocinar juntos. No tengo problema, y así ayudaremos a los tortolitos —esto lo dice muy bajo para que solo lo escuche yo. Ambos miramos a la pareja, que parece como si

estuvieran aislados de todo.

—Deb y Daura se van tras las clases. Y, si quieres hacer de casamentero, antes me tienes que acompañar a comprar.

—Eso está hecho.

No sé qué me empuja a aceptar. O a darle mi número de móvil cuando me lo pide para quedar. No tiene sentido, no soporto a este rubio de ojos azules. Y, sin embargo, antes de entrar en mi siguiente clase tengo su teléfono y la promesa de que haremos la mejor cena que he probado en mi vida.

* * *

Espero a Matty en la puerta de mi casa. No tardo en ver llegar su coche. Aparca en doble fila y voy hacia él. Al final, Roni e Ewan vendrán a cenar tras ir al cine. No sé yo si conseguiremos cocinar algo Matty y yo o acabaremos haciendo una guerra de comida.

—¿Has pensado qué podemos hacer? —me pregunta una vez que he entrado y me he puesto el cinturón.

—¿Pedir unas pizzas y no jugarnos la cena? —Sonríe mientras conduce.

—No, mejor las hacemos, lo natural siempre es más sano. Además, Jenna te enseñó a hacerlas y me consta que sus pizzas son deliciosas.

—Lo son, pero a mí no me salen igual que a ella.

—Bueno, para eso estoy yo, para ayudarte. —Me mira un segundo con una sonrisa brillando en sus labios.

Aún me cuesta creer que hayamos acabado los dos en su coche para ir a comprar. Creo que me he vuelto loca de repente. No tiene sentido que le dijera que sí y me dejara llevar. Hasta le dije a Román que esta noche no podía quedar, que tenía otros planes, algo que no pareció importarle, porque dijo que ya nos veríamos a la vuelta. Y vale que yo tenía otros planes, pero me hubiera gustado que insistiera un poco…

Matty aparca en el centro comercial y vamos hacia el supermercado. Hemos ido hablando de qué nos hace falta comprar antes de entrar y, cuando cogemos el carro, vamos hacia lo seguro.

—Yo le quiero poner *pepperoni* —me dice Matty cogiéndolo de donde están los embutidos.

—¿Sabes que el *pepperoni* en realidad es un pimiento pero hemos adoptado ese nombre para llamar al salchichón que va condimentado con él?

—Lo sé —me dice con una sonrisa que no es de suficiencia—. Una vez me pedí una pizza de *pepperoni* y me la trajeron llena de pimientos. Mi cara fue un poema, el camarero se dio cuenta de que yo no había pedido exactamente eso y se la llevó para traérmela con este salchichón o chorizo que nosotros conocemos.

—Seguramente mi cara hubiera sido igual que la tuya. Me gusta el pimiento, pero no me imagino comiéndome una pizza toda entera de ello.

—Yo tampoco, y eso que a veces he tenido que poner buena cara en cenas que te aseguro revolvían mis tripas solo de mirar el plato.

—¿Como cuáles? —le digo cogiendo lo que necesitamos de esta sección.

—Odio la carne cruda. Y he tenido que tomarla.

Pongo cara de asco.

—A mí tampoco me gusta nada. Como me hagan un filete que esté muy poco hecho, no puedo ni mirarlo.

—Pues imagínate si por cortesía y educación te lo tuvieras que comer, y todo sin rechistar.

Por primera vez desde que nos reencontramos veo a Matty, el que sigue los pasos de su padre en eventos y fiestas. El que debe ser un príncipe y además el hijo de un importante ejecutivo.

—Seguro que disfrutabas mucho de esas fiestas después.

—Te aseguro que no. No me gustan nada.

—¿Y por qué vas? —Hemos pasado a la sección de harinas, porque Matty quiere que la hagamos exactamente como Jenna, y ella hace la masa.

—Por mi padre. Es mi forma de ayudarle a atraer clientes o accionistas para sus empresas.

Se nota la admiración que siente Matty por su padre; desde que, a los cuatro años, lo conoció siempre lo ha mirado así. Sus padres eran muy jóvenes cuando pasaron juntos una noche de pasión y como resultado nació Matty, pero Becca ya había huido y pensaba que Matt no la quería.

Crio a su hijo sola con la ayuda de su mejor amiga, Elen, la dueña de la heladería, hasta que el destino quiso que se juntaran los tres de nuevo, Matty y sus padres, y desde entonces no se han separado. Hay amores que son mucho más fuertes que el destino y los lazos que los unen hacen imposible que permanezcan separados.

—Por suerte yo no tengo esas responsabilidades. No sabría comerme esa carne cruda y poner buena cara, sonreír y no vomitar delante de todos.

—Es que tú no eres como yo. Yo tengo más clase —dice para picarme, y esta vez solo le saco la lengua.

—¿Estás seguro de querer que nosotros hagamos la masa?

—Sí, ya le he escrito a tu madre y me ha pasado la receta por WhatsApp.

—No es mi madre. —Matty me mira impactado y deja de elegir la mejor harina—. Es mi cuñada.

—Te ha criado como si lo fuera.

—Ya, pero es mi cuñada, y Robert mi hermano mayor. Mis padres son los que son y no hay más. ¿Compramos algo de dulce?

—La última vez que te vi los llamabas «padres»…

—Ya no soy una cría, sé cuál es la realidad, y me aferraba a ellos para no aceptar que mi padre es un borracho que casi violó a la hermana de Roni y que mi madre me abandonó sin mirar atrás. Esa es mi realidad. No gano nada ocultándola.

Matty me mira serio.

—Nora…

—No quiero tu lástima. He tenido suerte. Que llame a las cosas por su nombre no me hace más infeliz. Y ahora, compremos el postre y nos vamos.

—Que no quieras hablar de ello y cambies de tema me hace ver que no todo está tan superado como tú quieres creer, pero tú misma. Cuando quieras hablar…

—No te buscaré a ti —le digo necesitando espacio, queriendo alejar este deseo de abrirme en canal ante mi archienemigo hasta hace poco.

El dolor en los ojos de Matty se me clava y por eso me marcho antes de que su malestar se haga mío. No puedo olvidar que, pese a esta tregua, no somos amigos.

CAPÍTULO 9



THEW

Dejo las cosas en la cocina mientras Nora se cambia de ropa en su cuarto. No hemos hablado mucho desde que me confesó que ya no llama a Jenna «mamá» y que aceptó quiénes son sus padres en realidad. He visto algo en sus ojos que me ha dejado helado y sé que, aunque ella piense que lo tiene superado, no es así.

No todo el mundo tiene la suerte de tener unos padres que son un ejemplo, y no un recordatorio de cómo acabarás de mal si sigues sus pasos. No tiene que ser fácil saber que tu padre está en la cárcel por tratar de violar a la hermana de tu mejor amiga y que tu madre te abandonó cuando no eras más que un bebé.

Hasta ahora no era consciente de que, tras la sonrisa de Nora y esa mirada alegre, se esconde un corazón herido.

No tarda en salir con una sudadera de mi equipo. Seguro que regalo del idiota de Román.

—Regalito del novio —digo sin ganas de mirarla mientras saco las cosas y busco lo que nos hace falta.

—No, me la compré el año pasado antes de empezar con él.

—Es un tacaño.

—No lo es, me regala rosas…

—Te regala algo que puede regalar todo el mundo. Yo te regalé una piedra. ¿Qué te gustó más?

La miro un segundo y no responde. No necesito nada más, pues he sabido ver la respuesta en sus ojos y siento un improvisado alivio, como si hubiera necesitado saber que mi insignificante regalo no le pareció tan tonto.

—No hay que esperar cambiar a las personas, cada uno es como es. Y ahora, cocinemos.

Lo dejo pasar; hablar de Román me pone de los nervios.

Lo preparamos todo y, tras darme un delantal azul oscuro y ella ponerse uno rosa, empezamos con la masa de la pizza. Nora se ha recogido el pelo en una coleta mal hecha y está demasiado limpia para mi gusto. No puedo evitar meter las manos en la masa que está amasando para que la salpique.

—¡Matty! ¡Eres un bruto!

—Yo solo quiero ayudar —digo, haciéndome el inocente. Me pongo detrás de ella.

Es muy bajita en comparación a mí. Es raro, pues la última vez que nos vimos antes de marcharme ella era un poco más alta que yo. La miro de reojo: sus mofletes están algo rojos por el esfuerzo y, mientras amasa, se muerde ese rojo labio que tiene y que con el tiempo se ha hecho incomprensiblemente deseable. ¿Dónde se quedó esa mocosa a la que no soportaba?

—No caben las manos de los dos —dice cuando amaso con ella. Mi pecho se pega más a su espalda y ninguno hace nada por apartarse, mientras amasamos entre los bufidos de Nora y mis risas por provocarlos.

No sé ni cómo, pero terminamos por fin de amasar. Y dejamos reposar la masa. Ella está más manchada que yo y por eso no me sorprende cuando se vuelve y pone sus manos sucias en mi pecho. Sonríe pícara. Agrando la sonrisa y cojo un puñado de harina para tirársela por el pelo.

—¡Matty!

—¡Tú has empezado! —le digo riéndome al ver su cara blanca.

Como sospechaba, acaba persiguiéndome por el salón con un trozo de masa que ha pillado y que trata de estamparme. Me río y corro sin mirar por dónde voy, con la mala suerte de que acabo tirado de espaldas en el sofá y Nora se lanza sobre mí sin importarle la íntima postura…, y la masa acaba por mi cara.

—¡Para! —le digo entre risas tratando de apartarla y de paso manchando su cara, igual que ha hecho ella, con lo que le quito de las manos.

Nora se ríe feliz como hacía tiempo que no la escuchaba. Dejo de apartarla de mí y mis manos se posan en su cintura mientras su risa hace que yo acabe riendo con ella. No recuerdo la última vez que viví un momento en el que me sintiera completamente feliz.

La risa se apaga y nos miramos a los ojos. Ambos estamos llenos de harina.

Nora hace algo que me sorprende: alza su mano y me acaricia la mejilla y los ángulos de mi cara, como si me viera por primera vez.

—Has cambiado. Ya no eres como ese niño, aunque a veces seas igual de insoportable.

—Es por no perder la costumbre.

—Hay cosas que no cambian. —Me acaricia de nuevo la mejilla—. Cuando pensaba en cómo serías ahora no te imaginaba así. En mi cabeza eras igual que tu padre. Es increíble cómo con el paso de los años nuestras facciones siguen perfilándose y nos hacen cambiar. Yo ya no me parezco tanto a Robert o a Katt.

—Eres tú misma. Un poco feílla —la pico, cuando en verdad pienso todo lo contrario. Hasta llena de harina me parece preciosa.

—Gracias por el cumplido —dice con una sonrisa; ha pillado que estaba mintiendo.

—De nada.

Nos quedamos mirándonos a los ojos. Asimilando el cambio y perdidos en tantas cosas que aún nos quedan por contarnos, por saber del otro, aunque en el fondo nos conocemos mejor que nadie. Sus ojos dorados no pierden detalle de los míos; yo hago lo mismo y dejo que el tiempo pase. No quiero hacer nada para detener este momento. Para que la realidad nos haga asimilar que esto no debería estar sucediendo.

Sus curvas encajan con las mías y siento el imperioso deseo de deslizar mis manos bajo su sudadera y acariciarla, pero no lo hago porque temo que se estropee la situación.

Nora es la primera en reaccionar y se levanta con una sonrisa.

—Tienes una cara horrible, deberías limpiarte… Yo voy a hacer eso mismo.

* * *

—Nos está quedando bastante decente —me dice con una sonrisa.

Se ha cambiado de ropa y se ha lavado un poco. Yo también me he lavado y he sacudido mi ropa. Aun así, se nota que algo ha pasado con la harina.

—Las de tu madre…, de Jenna, tienen mejor pinta. Pero seguro que está rica. —Asiente.

—Si fueran de verdad mis padres serían superjóvenes para mí, pero siendo mi hermano y mi cuñada, son mayores… Me llevo muchos años con mis hermanos.

—Como yo con Ella. Le llevo once años y me fui de casa cuando ella apenas era un bebé. Nos hemos visto más por videollamadas que en persona. Y me hubiera gustado criarme con ella —le confieso.

—Y a mí que mis hermanos no me llevaran tantos años. —Nos miramos, pues nos comprendemos—. Creo que ya están listas. A ver si vienen Ewan y Roni y las metemos al horno. —Asiento y me limpio las manos—. ¿Crees que se habrán liado en el cine?

—¿Dónde se ha visto que alguien se vaya al cine para enrollarse? —Se sonroja y sé que está pensando en cuando la pillé con Román; no lo decía por eso, y no me hace gracia recordarlo—. Es posible.

—Roni no le ha contado nada. Creo que tiene miedo y que en el fondo piensa que, si se lo cuenta antes de que él la quiera un poco, quizá lo pierda por los prejuicios. Pobre Roni.

—Sí, Ewan es un gran tipo, pero tampoco lo conozco mucho. Solo espero no haberme equivocado con él. No me gustaría que nadie hiciera daño a Roni.

—A mí tampoco. —Nora me mira con intensidad.

La cocina parece de repente más pequeña. Me debato entre mi necesidad de huir y mi deseo de acortar la distancia que nos separa. Al final un ruido de llaves, una puerta abriéndose y unas risas toman la decisión por mí y voy hacia donde acaban de entrar nuestros amigos. Nora me sigue y ve lo mismo que yo, que este par no puede gustarse más. No sé qué habrá pasado en el cine, pero las mejillas rojas de Roni y la cara de tonto de Ewan no tienen precio.

—Seguís vivos —dice sarcástica Roni.

—Por poco, Nora me atacó con la harina.

—Empezaste tú… —me rebate ella.

—Raro era que no hubiera pasado algo así. ¿Y tenemos cena?

—Sí, al final dejamos la guerra en tablas —respondo.

Roni asiente y va hacia su cuarto para dejar sus cosas. Nora va a la cocina a meter las pizzas en el horno y la ayudo. Al volver al salón, Ewan no está y Nora me mira sonriente como diciendo: «Seguro que están juntos dándose muchos besos».

—Eres una romántica empedernida.

—No he dicho nada.

—Como si no te conociera… —Me saca la lengua.

Empezamos a poner la mesa. Ewan no tarda en salir y Roni lo hace un poco después; no sé si han estado juntos o no. Nora no para de evaluar sus caras y sus gestos para ver si consigue descifrar si ya se han besado. Como si haciéndolo con tanto descaro no se fueran a dar cuenta.

—Córtate un poco —le digo en la cocina, cogiendo los vasos que lleva.

—¿Que me corte de qué?

—De mirarlos como si fueras un detective en busca de pistas.

—Solo quiero saber qué ha pasado.

—Ya lo sabrás. Seguro que Roni luego te lo cuenta todo.

Nora pone morritos y no puedo evitar la tentación de pasar mis dedos por ellos.

—Eres una cría.

—Y tú un aguafiestas. —Me río y sigo cogiendo las cosas que faltan.

Roni e Ewan están tan embelesados el uno con el otro que dudo que se estén dando cuenta de que estamos poniendo la mesa. Cuando sacamos las pizzas nos quedamos mirándolos. Están hablando de la película que han visto y, por lo que cuentan, la han visto entera. Creo que aún no se han animado a dar el paso que les falta.

—¿Cenamos? —dice Nora con una sonrisilla.

—Claro, estoy deseando probar vuestras creaciones —dice Roni con los ojos vidriosos, con una alegría que nunca le he visto en la mirada.

Nora la mira encantada y hace de la felicidad de su amiga la suya propia. Me mira como diciendo: «¿A que es maravilloso?». Asiento y eso agranda su sonrisa.

Cenamos y nos cuentan lo mucho que les ha gustado la película, y nos animan a ir a verla.

—La pizza estaba muy buena; algo raro, habiéndola hecho los dos juntos —apunta Roni.

—¿Tan mal se llevaban? —pregunta curioso Ewan.

—No lo sabes tú bien. Con decirte que una vez acabaron discutiendo sobre quién podía o no meterse en un charco de barro mientras llovía, y los dos cabezones acabaron en el charco, gritándose mientras se mojaban. —Sonrío al recordar aquel momento—. Acabaron ambos con un tremendo catarrazo.

—Ella no tenía por qué pisar el charco de mi casa —digo para picar a Nora.

—¡Era un puñetero charco! Lo podía pisar si me daba la gana.

Me mira como entonces y recuerdo que en el fondo le dije eso para que entrara en la casa y no se resfriara. Acababa de estrenar sus botas de agua nuevas y estaba deseando probarlas. La vi pisando el charco sonriente y, como no se daba cuenta de que estaba empezando a llover, en vez de decírselo por las buenas, me metí con ella y, como consecuencia, acabamos los dos, a cuál más cabezón, dentro del charco.

—Y hace unos años, Matty decía que las chicas le daban asco —cuenta Nora a Ewan.

—Te aseguro que eso ya no es así. Ahora me encantan en todas sus facetas —le digo a ella, porque Ewan está mirando a Roni y ni se ha enterado de que Nora le estaba hablando—. ¿Crees que si nos vamos se darán cuenta?

—Ya te digo yo que no.

—Creo que ni siquiera, aunque nos besáramos ante ellos, se inmutarían.

—Claro que no, porque eso nunca sucederá. Prefiero besar a un sapo que a un príncipe.

—Ahora entiendo por qué estás con Román. Haberme dicho antes que eras fan de besar sapos.

—Idiota.

—Qué poco original eres con los insultos.

—Es que tú no me inspiras ni para eso.

—Dios, no paras de herir mi pobre corazón. —Me llevo la mano al pecho como si me doliera de verdad. Nora no puede reprimir una sonrisilla.

—Ya será para menos; seguro que tienes el corazón a prueba de mis insultos.

—La verdad es que sí, lo hacemos desde hace tantos años que ya hasta rebotan.

—Lo mismo me pasa a mí. No tengo ganas ni de discutir contigo.

—¿Y qué estamos haciendo ahora?

—Hablar.

—¿A tirarse trastos a la cabeza lo llamas hablar? —Asiente con una sonrisa en sus labios—. No quiero ni imaginar qué consideras discutir.

—Suerte que casi nadie me hace enfadar, solo tú. Tienes ese privilegio.

—Y espero no perderlo nunca, porque en el fondo los dos sabemos que si soy capaz de sacar lo peor de ti es porque también soy el que podría sacar a relucir lo mejor.

Me mira con intensidad y luego se ríe.

—Ni en tus sueños, rubito.

—En mis sueños no estás tú, serían pesadillas —apunto como si nada.

—Tonto —me dice riéndose.

—Vamos a hacer la prueba de si se enteran de que nos marchamos.

—¿A dónde quieres ir?

—A recoger, y nos quedamos un rato en la cocina, a ver cuánto tardan en darse cuenta de que no estamos aquí.

—¡Vale! —me dice pilla.

Recogemos las cosas. Roni e Ewan siguen con su charla. Nos metemos en la cocina y empiezo a fregar. Nora me mira sorprendida, pero no dice nada y me ayuda a secar los platos y a recogerlo todo. Cuando acabo me apoyo en la encimera. Ella hace lo mismo a mi lado. La cocina no es pequeña; que elija estar a mi lado es parte de nuestra historia, de cómo nos evitamos y, sin embargo, siempre andamos juntos.

—Ha pasado media hora. Voy a ver si se están enrollando —me dice antes de ir a cotillear. La sigo y me pongo tras ella—. Solo hablan.

—No «solo hablan», se están conociendo y así es como mejor lo hacen.

—¿No te gustan los besos? —me pregunta Nora.

—Sí, claro, pero me gusta conocer a la persona con la que estoy. Saber si todas sus rarezas encajan con las mías.

—Que tienes muchas.

—Claro, siempre hay tiempo para besar…, y para algo más —Nora se vuelve y me mira sonrojada. Entramos de nuevo en la cocina.

—¿Cuándo fue tu primera vez?

Podría no contestarle, pero me apetece hablar con ella.

—Con dieciséis años, con una chica con la que estaba.

—¿Y te gustó? —Regresamos al fondo de la cocina y nos apoyamos en la encimera de nuevo, uno al lado del otro.

—Fue una mierda —le digo sincero—. Ella también era virgen. Lo mejor fue que tras el acto nos pusimos a hablar abrazados y a comentar con sinceridad dónde debíamos mejorar. Las siguientes veces sí merecieron la pena.

—¿La querías?

—No, no tardamos en descubrir que lo que buscábamos en una persona no lo habíamos hallado el uno en el otro. ¿Y tú con tus ex, no has hecho nada de nada? —Le doy un pequeño empujón en el hombro—. Uno puede ser virgen y haber probado muchas cosas antes.

—No más allá de tocamientos insatisfechos —me reconoce—. ¿Y no echas de menos a ninguna de tus ex? Seguro que has tenido muchas.

—No tantas como crees, y no, no las echo de menos. Aunque me divertí mucho con ellas.

—Eso seguro.

—He probado muchas cosas.

—Seguro que de todo.

—No, de todo no, para algunas soy algo reservado.

—A ver, sorpréndeme.

—Nunca he encontrado a una mujer a la que deseara dar placer íntimamente con mi lengua. —La miro, se ha puesto roja como un tomate—. Ni me he sentido cómodo para que ella lo hiciera conmigo.

—No te creo.

—¿Por qué tendría que mentirte? A los hombres nos gusta vacilar, mira tu novio. —Agacha la cabeza—. Puedo picarte, meterme contigo y, la verdad, disfruto haciéndolo, pero si te digo que no te miento, debes creerme.

Asiente.

—Es raro que no hayas probado eso…

—Tú tampoco.

—Ya, pero yo tampoco he llegado muy lejos.

—¿Por qué?

—Sinceramente, no lo sé. Cuando llega el momento siento que me falta el aire y no sé seguir. Y cuanto más mayor me hago es peor. Porque siento que será horrible. Tú mismo has dicho que tu primera vez fue horrible.

—Sí, pero si estás con la persona indicada, sabrá cuidarte y hacerla especial. No te conformes nunca con menos.

Me mira fijamente. No puedo evitar la tentación de alzar mi mano y acariciar su mejilla. Es muy suave y me gusta mucho pasar mis manos por ella sintiendo su cremosidad—. Aunque no te lo creas, no soy feliz si te hacen daño —le confieso.

—¿Y esperas que te crea?

—No te miento.

Nos quedamos simplemente mirándonos y me encantaría saber qué piensa. Leer cada uno de los secretos que se esconden tras sus ojos dorados.

—Voy a ver si se están liando —dice rompiendo el momento. Asiento, intentando comprender qué me pasa con ella—. Solo hablan —dice tras echar un vistazo.

—Si quieres ver una peli porno, te puedo recomendar algunas.

—¡Matty! —me dice sonrojada—. Eres un guarro.

Me río y ella conmigo.

—Se está bien así —digo, refiriéndome a nosotros, a no estar siempre con el hacha de guerra alzada. Lo entiende, porque sonríe y asiente.

—Sí. No está mal.

CAPÍTULO 10



NORA

Meto mi pequeña maleta en el maletero del coche de Matty. Como Roni e Ewan se han montado detrás, me toca ir delante con él.

Anoche, cuando se fueron los chicos, Roni me contó lo bien que está con Ewan y, por lo que vi en su mirada, ha olvidado sus miedos, como si no existiera su pasado. Por un lado pienso que es genial, pero por otro temo que luego le estalle todo de la peor manera posible.

No están juntos, pero no por falta de ganas. Dice que en el cine comió más palomitas de las que le apetecían porque así aprovechaba ese momento para rozar sus manos.

Se la ve tan feliz que espero que no suceda nada que le haga daño. Quiero creer que Ewan de verdad no saldrá corriendo. No será alguien con prejuicios y verá más allá. Ojalá todo le salga bien. Roni ya ha sufrido suficiente.

—Pon la música que quieras. —Matty me tiende su móvil, donde tiene las listas de reproducción—. Dudo que los de atrás se enteren de algo.

Los miro por el espejo retrovisor: otra vez están inmersos en su conversación y el resto ha desaparecido para ellos.

Pongo una de las carpetas y las risas de Ewan y Roni me llegan. Mientras miro el paisaje pasar por la ventana, me pregunto cuándo fue la última vez que Román y yo hablamos. Cuando estamos a solas está más pendiente de quitarme la ropa que de saber qué tal me ha ido el día o cómo estoy.

Antes no era así. Coincidimos en un curso de verano y siempre quedábamos para almorzar juntos. Hablábamos de todo y conocí a un Román lejos de los campos de fútbol que me sorprendió y me gustó.

Es cierto que últimamente me cuesta encontrar a ese chico en mi novio, pero sé que está ahí.

No tardamos en llegar a nuestro pueblo. Matty nos deja en la puerta de mi casa, porque así se lo hemos pedido; Roni no vive lejos de aquí, con su madre y su padrastro.

—Podemos quedar luego para hacer algo —me dice Matty tras tenderme amable mi maleta.

—Ya tienes mi número, escríbeme y quedamos si eso para cenar y enseñarle a Ewan cómo es la fiesta aquí.

—Que se va a enterar mucho estando Roni cerca… —dice mirando a la pareja de tortolitos que se han dicho ya varias veces «adiós».

Me voy hacia mi casa y Roni me sigue, pues quiere saludar a mi familia antes de irse a ver a la suya.

Al entrar con mis llaves veo a mi hermano Robert poniendo la mesa, ya que hemos llegado a la hora de comer. Al escucharme deja lo que lleva en las manos y viene hacia mí con una

sonrisa. Me abraza con cariño. Como siempre. Él siempre ha sido mi referente. Y sé que le debo todo lo que soy.

—¿Qué tal el viaje? ¿No ha habido incidentes por ir al lado de Thew?

—No, cuando deja de ser un capullo no es mal chico —le reconozco.

—Me alegra escuchar eso.

Me sonríe. Tiene cuarenta y cinco años, pero, si he de ser sincera, el paso del tiempo no ha hecho más que realzar lo guapo que siempre ha sido. Cosa que a Jenna alguna que otra vez la ha puesto de los nervios, ya que atrae miradas allí por donde pasa. Igual que ella, pienso, cuando sale de la cocina y sus ojos bicolores me miran sonrientes. Es cinco años menor que su marido y a sus cuarenta sigue teniendo esa cara aniñada que la hace parecer mucho más joven. Sobre todo al hacerse esos peinados con trenzas que acostumbra cuando está pintando, como ahora.

—¡Nora! —Me abraza y me llena la cara de besos.

—¡Nora! —Nizan, de ocho años, y Esme, de quince, salen corriendo del cuarto de juegos al escucharme.

Nizan es igual que Jenna y Esme tiene de ambos. Para mí los dos son los más guapos del mundo. Los quiero con locura. Nos abrazamos y besamos, y, cuando me dejan a mí, atacan a Roni, a la que ya han saludado Robert y Jenna.

—¿Te quedas a comer, Roni?

—No, solo pasé a saludaros. Me esperan en casa.

Me despido de ella y me pide que le escriba si sé algo de la quedada de esta tarde, para ponernos bien guapas. Asiento y regreso con mi familia. Me preguntan por los estudios y evitan aposta el tema de Román. No les cae bien, como a Roni. Lo vieron una vez que vinieron a verme y, desde entonces, evitan preguntarme por él. Me gustaría que no fuera así, la verdad.

Estamos sirviendo el café para tomarlo con una tarta de chocolate y galleta que ha hecho Jenna cuando tocan al timbre. Abro y me encuentro con mi hermana Katt. Está preciosa. Me abraza saltando con emoción. Tras ella están mis sobrinos y su marido, Aiden. Beso a mis sobrinos hasta que el mayor se aleja de mis brazos en busca de los juguetes que tiene Jenna.

Nos sentamos a tomar el café y la tarta, que, por cierto, está deliciosa.

—¿Sabes que Nora y Thew han venido en el mismo coche y no se han matado? —le dice Robert a nuestra hermana.

Katt agranda los ojos sorprendida.

—No es para tanto.

—Sí lo es, y ayer me consta que hicisteis pizza juntos. —Jenna enseña una foto de las pizzas. Matty se la debió de mandar.

—Ya… Somos adultos —les digo molesta con sus miradas—. Solo nos soportamos. No somos amigos.

—Bueno, pero os soportáis —apunta Katt—. Lástima que estéis tan lejos. Me encantaría vivir esta historia más de cerca.

—No hay ninguna historia. De cuatro palabras que nos decimos, una es para picar al otro.

—Algunas cosas nunca cambian —dice Esme sonriente—. Y ahora, si no os importa, os la robo.

Me termino la tarta mientras tira de mí para que me levante. La sigo a su cuarto y una vez en él nos encerramos y nos tiramos sobre la cama como cuando éramos pequeñas.

—¿De verdad te llevas bien con Thew?

—No, solo nos soportamos.

—Ya me extrañaba a mí.

—¿Y cómo está Summer? —digo para cambiar de tema.

—Se ha centrado en los estudios y va a clases de arte dramático en una escuela a una hora de aquí por las tardes.

—Pobrecilla… ¿Y Erik?

—Erik va a acabar muy mal como siga con esa gente. Sus padres han amenazado con meterlo en un internado, pero ni por esas. Y su abuelo me consta que lo está alentando para que sea así de rebelde, y le ha dicho que si quiere puede irse a vivir con él. Que ya es mayorcito para poder elegir.

Pienso en el abuelo de Erik, un hombre desgraciado que repudió a Albert, el padre de Erik, porque no quería seguir sus deseos. Es ya muy mayor, pero todo lo que tiene de viejo lo tiene de mala persona.

—¿Y crees que lo hará?

—Si sus padres siguen insistiendo con lo del internado, seguramente se emancipe y se vaya con su abuelo. No todos son como Thew. Él se fue porque quería ser mejor, y que alguien de su edad se diera cuenta de que no estaba yendo por el buen camino es algo que no hace todo el mundo.

Pienso en Matty y en cómo aceptó su nueva vida, cómo creyó de verdad que así sería mejor. Recuerdo a ese niño revoltoso, inquieto, y sé que, aunque nos metiéramos el uno con el otro, nunca pensé que fuera malo. Solo que no sabía medir sus palabras y no soportaba las injusticias. Tal vez lo mejor fue canalizar su rabia en viajes y estudios que lo han llevado a lo que es hoy, pero también sé que se sintió muy solo. Llevo una piedra en mi bolso que vio la soledad que yo vi en su mirada ese día cuando me hablaba de sus viajes.

—Esperemos que Erik se dé cuenta a tiempo, porque siempre fue un gran chico. Me cuesta creer que alguien así cambiara de la noche a la mañana.

—Mi madre piensa que le pasó algo, que algo desató todo eso, y su madre también lo cree, pero cuando le ha preguntado, se ríe de ella y dice que no le pasa nada.

—A saber. —Me suena el móvil que llevo en el bolsillo.

—¿Te llama Thew?

—Dijo de quedar esta tarde, con Roni e Ewan.

—¿Ha venido Ewan? —Asiento mientras descuelgo el teléfono.

—Dime que a ti también te han cebado como si pensaran que en la universidad te mueres de hambre. —Me río tras lo primero que me dice Matty al descolgar.

—Sí, y con tarta de chocolate y galleta incluida.

—Voy para tu casa. Me queda hueco para la tarta de Jenna, y de paso decidimos cómo quedamos. Hasta ahora.

Cuelgo y Esme sale corriendo y baja por la escalera mientras grita que Matty viene a comer tarta. Me quedo en el que fue mi cuarto junto a Esme y, cuando llega Matty, ni me molesto en bajar. Si soy realista he de admitir que ya no siento tanto desprecio por él, que algo está cambiando entre los dos. Matty sube con un trozo de tarta y se sienta a mi lado en la cama, donde hojeo un libro que me he traído para leer.

—No muestres tanta emoción por verme o pensaré que te gusto —lo dice porque sigo leyendo como si no lo tuviera pegado a mí.

—No quiero que te lo creas mucho. —Se ríe y sigue comiendo mientras yo leo.

Si he de ser sincera, llevo un buen rato con la misma línea y no consigo centrarme. Cansada,

cierro el libro y me vuelvo a mirarlo. Está acabando el último trozo de tarta y veo como el chocolate se pierde entre sus labios. Me quedo boba mirando cómo come, hasta que me doy cuenta de lo que hago.

—¿Cómo quedamos? Y, por cierto, ¿e Ewan?

—Hablando con mi padre de negocios. Me aburría y te llamé para ver si me proponías otro plan.

—Yo no te propuse lo de la tarta.

—Ya, pero era mejor plan que hablar de números.

—Y has dejado sola a tu pobre hermana, que seguro que tenía ganas de verte.

—No, está abajo con Nizan, son amigos y se llevan bien. No como nosotros a su edad.

—Es que mi sobrino es mucho más listo que tú.

—Debe de ser eso. Si no, en vez de pelearme contigo, hubiera ido tras de ti para robarte un beso —me dice pícaro, lo que me hace recordar el que nos dimos.

—Te recuerdo que me lo robaste mientras decías que me odiabas.

—Qué le voy a hacer, soy así de irresistible. —Sonríe y se levanta tirando de mí—. Vamos abajo, podrás soportarme.

Bajamos y todos nos miran como si no supiéramos que están pensando que seguro que acabamos juntos. Ni en sus mejores sueños. Suerte que nos soportamos, y eso ya me parece demasiado.

Acabamos jugando a un juego de golf de la consola, por insistencia de Nizan. Casi rompo la tele cuando el mando ha salido disparado de mi mano hacia ella. Juro que el silencio se ha hecho en la sala en ese momento. Por suerte el protector del mando ha evitado el desastre.

Matty se va, no sin antes decirme que quedamos en la heladería de Elen a las ocho y media. Cojo mis cosas y voy a cambiarme a casa de Roni. Quien me abre es Holly, la hermana de Roni, con su bebé en los brazos. Un precioso niño de ojos azules y pelo castaño.

Me da dos besos y me deja al pequeño. Es tan bonito y huele tan bien… Me encanta cómo huelen los bebés. Saludo al resto de la familia y le dejo al pequeño cuando Roni me dice que vayamos a su cuarto. No ha dicho más, pero no tiene buena cara. Toda la efusividad del viaje y de su cita con Ewan se ha esfumado.

—¿Qué te pasa?

—Estaba tan emocionada por pasar más tiempo con Ewan que ni me paré a pensar en por qué me fui de este pueblo. ¿Y si me insultan e Ewan se entera de todo?

Se sienta en la cama. Hago lo mismo. Yo tampoco había reparado en eso. En mi cabeza todo había pasado, los insultos y comentarios desagradables habían acabado, pero no es así.

—Si se meten contigo, pienso defenderte.

—Eso nunca lo dudaré —dice con una sonrisilla—. Y Thew irá detrás. Vamos, que se liaría. Como en los viejos tiempos. —Sonrío por esos viejos tiempos. Ahora los veo de otra forma. Es como si, cuanto más conozco a este nuevo Matty, más entendiera a ese niño que no soportaba que nadie se metiera conmigo y luego con Roni.

Nunca me falló. Y aunque nos llevábamos como el perro y el gato, en el fondo siempre estábamos el uno para el otro. Me pregunto qué estará cambiando para que los recuerdos que hasta ahora me parecían horribles ahora me hagan sonreír.

—Si sucede, lo afrontaremos.

—Sí, tal vez sea lo mejor, así antes de iniciar nada se entera de todo y eso evita que me guste más.

—Tal vez no sea como el resto…

—Eso no lo sabemos. Y aún no creo que sienta lo suficiente por mí como para que ese detalle no le importe.

—Tal vez no pase nada y, por si acaso, deberíamos disfrutar de la cena y la salida.

—Sí.

Trato de animarla y abro su armario para elegir qué ponernos. Al final, Roni se decanta por un vestido ceñido de color verde oscuro. Yo me pongo una camisa blanca con una falda corta azul marino. Nos arreglamos el pelo y, tras maquillarnos, bajamos donde está la familia de Roni.

—Qué guapas. Esta noche vais a conquistar a todos los solteros del pueblo —dice la madre de Roni.

—Yo solo quiero conquistar a uno —dice Roni muy bajito.

Su madre le sonríe.

—Pues te aseguro que caerá rendido. Estás preciosa, hija. —Roni la mira con cariño.

Es una suerte que su madre dejara el mundo en el que andaba metida, de drogas y bebida, y sentara la cabeza. Gracias eso Roni al fin tuvo a la madre que deseaba. Lo malo es que, para que eso pasara, tuvieron casi que violar a Holly ante los ojos de su madre, y solo entonces se dio cuenta de la clase de gente con la que se estaba juntando, y que necesitaba ayuda. No ha sido fácil llegar hasta aquí.

Me suena el móvil y al sacarlo del bolso veo la hora que es y sé lo que me va a decir Matty, que es quien me llama.

—Ya estamos llegando.

—Mentirosa.

—¿Cómo sabes que estoy mintiendo?

—Porque te conozco. ¿Se puede saber por qué no estáis aquí ya?

—Nos teníamos que arreglar.

—Nora, hay cosas que no tienen arreglo, y tú no lo tienes.

—Qué gracioso eres. Pues, para tu información, estoy increíble.

—Increíblemente fea, claro.

—Idiota. —Se ríe y acabo sonriendo también—. Como me conoces tan bien, puedes ir pidiendo lo que quiero para cenar, a ver si aciertas. A Roni pídele una hamburguesa doble con queso y beicon. Hasta ahora.

Cuelgo y le digo a Roni que llegamos tarde. Gonzalo, el marido de Holly, se ofrece a llevarnos con su coche. Gracias a eso no tardamos mucho en llegar. Entramos en la heladería de Elen, una amiga de mi hermano, y enseguida mis ojos se posan en algunos de los idiotas por los que nos fuimos de este pueblo. Roni y yo vamos de la mano y noto como se tensa. Los miro a todos de manera amenazadora. Me da igual que me saquen dos cabezas o que sean más fuertes que yo. Como se metan con Roni, pienso sacar las uñas.

—No creo que se atrevan a decir nada —dice Matty, que no sé de dónde ha salido. Su mirada es igual de dura que la mía.

Y parece que el hecho de que él esté aquí les intimida más, porque apartan la mirada y nos ignoran.

—No los soporto —le digo.

—Ya somos dos. —Matty ofrece su brazo a Roni y esta, risueña, pasa el suyo por debajo, agarrándose—. Estás preciosa, Roni.

—Tú tampoco estás mal —le responde esta.

Empiezan a andar hacia donde están las escaleras y veo el alivio en los ojos de Roni. Como si sintiera que todo está bien porque Matty está de nuestro lado y esta vez la gente se lo pensará dos veces antes de decir nada. Yo sé que, si quieren pelea, dirán lo que quieran y les dará igual que tengamos a Matty al lado. La gente que busca problemas lo que quiere es eso. Y cuanta más gente se meta en la pelea, mejor. Pero si Roni está más tranquila, dejaré mis miedos aparcados, aunque estaré alerta.

Los sigo hasta la parte de arriba y me fijo en cómo va vestido Matty; si he de ser sincera, esa ropa le queda de escándalo. ¿Por qué todo le tiene que quedar así de bien? Lo he visto sudado y aun así parece sacado de un anuncio de ropa deportiva. Hoy lleva unos vaqueros y un jersey negro arremangado que, cómo no, se pega a su tonificado torso.

Es raro que estemos aquí, en este lugar donde Roni y yo hemos crecido y quedado para merendar tantas veces. Donde hemos visto la vida pasar y donde tomamos la decisión de irnos lejos.

Nos sentamos en la mesa que han elegido. Ewan nos elogia, aunque el plural es por quedar bien, pues solo tiene ojos para Roni. Me quito la chaqueta y me siento en el sofá al lado de Matty.

—¿Qué me has pedido?

—Hígado de cerdo rebozado. —Pongo cara de asco.

—Si me conocieras, sabrías que lo odio.

—¿De verdad? Y yo que pensaba que era tu comida favorita. Lo siento —bromea.

—En serio, ¿qué me has pedido? —Justo en ese momento el camarero llega con los entrantes.

Deja en la mesa unas patatas con beicon y queso, que me encantan, y unos nachos. La verdad es que le llamamos «heladería» porque en sus inicios es lo que fue, pero ahora sirven de todo, desde bocatas hasta platos combinados. Y los mejores helados caseros que he probado nunca.

Ataco las patatas y me olvido de qué me habrá pedido Matty de segundo.

—Dios, sigues comiendo como si fueras una muerta de hambre.

—Que te den, no me molestes, que estoy comiendo. —Se ríe y lo miro con la boca llena.

—Nunca entendí, ni entenderé, dónde metes todo lo que comes.

—¿Y tú?

Se toca el marcado estómago.

—Aquí. ¿Acaso no notas mi curvita de la felicidad? —bromea.

—Yo noto que te pasas demasiadas horas en un gimnasio.

—No tantas, solo en los entrenamientos y a veces salgo a correr. Pero la gran mayoría del tiempo lo paso estudiando. Aunque no te lo creas.

—Y, cuando estudias, ¿haces pesas con los libros?

—Claro, mientras estudio historia voy alternando los libros más gordos para ejercitarme —responde siguiéndome el juego.

—Antes odiabas estudiar.

—Tú también.

—Lo sigo odiando, pero al menos ahora estudio lo que quiero.

—¿Lo que quieres o lo que crees que debes estudiar para evitar que a otro le pase lo que a ti? —me dice sincero como nadie, y me deja descolocada.

—¿Acaso no es lo mismo? Estudio porque tengo una buena razón para ello. Y eso me da

fuerzas. No todo el mundo estudia lo que le apasiona o trabaja donde le gusta.

—Lo sé. Yo no sé si mis estudios servirán de algo o al final tendré que aceptar que, si no quiero que los negocios de mi padre pasen a otras manos, deberé ayudarle con la empresa familiar.

—Creo que eso es lo malo de los negocios familiares, que uno los empieza con mucha ilusión y luego llega un punto en el que deseas que tus hijos tengan los mismos sueños que tú. Pero no siempre es así.

—Ya. —Matty juega con las patatas de su plato—. Ya se verá.

Miramos a Roni e Ewan, que una vez más están en su mundo. Sonrío a Matty y alzo las cejas como diciendo: «Estos hoy se lían».

—Si los sigues mirando así, lo mismo cortas el momento.

Me río porque haya sabido leer lo que quería decirle. Solo me pasa con Roni, lo de entendernos solo con miradas; nunca se me ocurrió pensar que Matty, mientras me decía todas esas cosas, aprendió también a conocerme. Nos traen el segundo plato y descubro que es mi hamburguesa favorita. Miro ilusionada a Matty.

—Vaya, no me han hecho caso, te juro que pedí hígado de cerdo —dice como si nada mientras se prepara la suya.

—Yo también sé cuál es la que siempre te pedías —digo mirando la suya—. Aunque más de una vez, mientras te veía tomarla, pensaba en tirártela por la cabeza.

—Creo que por ese mismo motivo yo sé cuál te pedías siempre que venías.

Lo miro con una sonrisa. Sé que miente, al igual que yo. En el fondo no sé explicar por qué lo miraba, pero no era para hacerle una trastada. Era como si me gustara ver que andaba cerca. Es raro que haya tardado tanto en darme cuenta de eso.

CAPÍTULO 11



THEW

Terminamos la cena. Ninguno pide helados, pues estamos llenos. Nos hemos quedado un rato para hacer tiempo, pero ni aun así.

Acabamos en el *pub* del pueblo. Nora no deja de mirar a Roni y a Ewan, hasta el punto de que nada más llegar tiro de ella hacia la barra para que deje de hacerlo.

—Seguro que se besan ahora.

—Ojalá, pero déjales algo de intimidad —le digo ya en la barra.

—¿Y si alguien de pueblo le dice algo a Roni? —La miro y veo preocupación en sus ojos dorados.

—No lo harán, hasta ahora no ha pasado nada. Y Roni e Ewan necesitan intimidad.

—Vale. ¿Qué pedimos? —Me mira ilusionada. Parece una niña pequeña.

Miro la carta de bebidas y voy hacia los cócteles. La última vez que estuvimos juntos en el pueblo ninguno tenía edad para beber, y ahora estamos en el *pub* pidiendo bebidas. Siento que estos ocho años han pasado rápidamente y a la vez muy lentos.

Le digo los que me parecen mejores y ella elige uno de los dos. Los pedimos y esperamos a que los preparen.

—Matty, ¿eres tú?

—Matty solo le puedo llamar yo —dice Nora mirando a una rubia pechugona que se me ha acercado.

—¿Es tu novio?

—No —dice Nora sin dejar de mirar desafiante a la rubia.

—¿Nos conocemos? —le pregunto, sorprendido por el arrebato de genio de Nora con lo de mi nombre. Aunque intuyo que es porque, quien sea, le cae mal y es una forma de fastidiarla.

—Soy Ginger, íbamos juntos a clase.

La miro y me cuesta reconocerla. Para empezar, antes era morena. Y la cara se la noto rara.

—Claro, Ginger, no te he reconocido.

—Bueno, es que he cambiado un poco —me mira coqueta y Nora emite un bufido.

Nos traen lo que hemos pedido y Nora hace amago de irse con el suyo en la mano y dejarme con Ginger, que claramente trata de ligar conmigo. La sujeto por el codo y la atraigo hacia mí.

—Yo también.

—Sí, a mejor… —dice mirando cómo sujeto a Nora—. Aunque algunas cosas nunca cambian, sigues teniendo a esta de llavero.

—Y a ti tanta operación te ha dejado tonta, y mira, eso no tiene arreglo —dice Nora antes de dar un trago a su bebida.

—Si nos disculpas, vamos a bailar. Me apetece mucho.

Cojo la bebida divertido y tiro de Nora hacia la pista de baile. No hay mucha gente bailando. Nos vamos hacia una zona más oscura y, pese a la música, la escucho rumiar.

—Le gustabas en clase.

—No me di cuenta.

—Claro, porque pasabas de las mujeres.

—No, porque me gustaban las mayores —le reconozco. Pone los ojos en blanco—. ¿Qué os hizo a ti y a Roni?

—A mí, nada, pero a Roni la tenía enfilada. No paraba de meterse con ella.

—Se ha notado un poco que te caía mal.

—¿Por eso has pasado de ella?

—Entre otras cosas. —Doy un trago a mi bebida y la dejo en una mesa cercana. Le quito la suya—. Vamos a bailar.

—No me apetece, nadie baila.

—Y qué más te da la gente. De todos modos, van a hablar igual. Ya lo sabes.

—Es cierto.

La música es movida, pero la ignoro y le hago una reverencia. Se ríe y está a punto de devolvérmela cuando, al mirar a Roni e Ewan, ve algo que le causa impresión.

—¡Se están besando! —Da saltitos como cuando era niña y, para mi sorpresa, se tira a mis brazos y salta efusiva—. ¡Se están besando! —me dice con los labios muy cerca de los míos.

—Si sigues pegándote tanto a mí, acabarás por besarme tú a mí. —Trata de separarse, pero no la dejo—. Y no me quejaría —bromeo.

—No seas tonto. —Los mira y me mira feliz, hasta que la duda pasa por su mirada—. Les va a ir bien, ¿verdad?

—Seguro que sí —le digo no muy convencido, pero sabiendo que es lo que necesita oír.

Pongo mis manos en su cintura. Es estrecha y muy cálida. Me muevo al son de una música imaginaria y me sigue los pasos, mirando de reojo a nuestros amigos. No deja de reírse como una niña pequeña ante una travesura.

Le cojo la cara con una de mis manos y hago que me mire.

—Si no estás atenta, me acabarás pisando.

—Seguro que te lo mereces. —Me saca la lengua y pasa sus manos por mi cuello.

Me quedo tenso. No esperaba que hiciera algo así. Me mira y no sé qué paso dar, no sé qué hacer. Por eso me separo y le propongo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Me apetece el helado que no nos hemos tomado antes, y es mejor que te aleje de esos dos, o les cortarás el rollo.

—No puedo dejar sola a Roni.

—Está con Ewan, y él tiene llaves de mi casa.

Vamos hacia donde están nuestros amigos y cogemos nuestras cosas sin que se enteren. Salimos del *pub* y veo a Ginger en la puerta. Por eso paso mi mano por la cintura de Nora, dejando claro que me posiciono de su parte. Nora se da cuenta, se arrima más y le saca la lengua. Me río y se acaba riendo conmigo. Es una cría, pero me encanta ese lado suyo infantil.

Vamos andado a la heladería y ninguno ha hecho amago de separarse del otro. No hasta que entramos. Ya no queda mucha gente, no tardarán en cerrar, por eso pedimos sin demorarnos mucho y nos vamos con los helados al lago.

—Se me están helando los dedos.

—Es lo que tiene comer helado cuando empieza a refrescar por las noches.

—Merece la pena, está delicioso. ¿Me das del tuyo?

—Eres una caprichosa. —Pone morros y le quito un poco del suyo—. Como yo.

Me quita un poco y vamos hacia una roca donde solíamos sentarnos, que ni sé los años que lleva aquí mirando el tiempo pasar. Los árboles están decorados con lucecillas y, en cuanto cierren la heladería, las apagarán y solo nos iluminará la luz de la luna. Pero da igual, porque tanto Nora como yo nos sabemos el camino de vuelta de memoria, hemos estado en este lago muchas veces. Lo que me hace recordar algo.

—¿Te acuerdas cuando acabamos metidos dentro del lago porque no quería dejarte mi consola?

—Y acabó mojada y echada a perder porque me resbalé y me hundí; y tú, ante el susto, la dejaste caer para cogerme.

—Tenía que haber salvado la consola —la pico.

—Cuando nos sacaron del agua me gritaste y me llamaste «niña tonta».

—¿Te confieso algo? —Asiente—. En el fondo estaba aterrado. Te vi hundirte y pensé que te pasaba algo grave. Acabábamos de ver la peli esa de pirañas y creo que mi mente me jugó una mala pasada.

Me mira y sonríe.

—Creo que lo que más me molestaba de ti era que en el fondo me moría de ganas de jugar contigo y siempre me rechazabas. Nunca entendí por qué —me confiesa.

—La verdad es que no lo sé —le digo—. Cuando te tenía cerca necesitaba… —Me quedo callado y pienso en mí siendo ese niño que la picaba solo para molestarla… o no—. Necesitaba llamar tu atención —le admito, asimilándolo—. Es raro, pero era así. No me molestabas, pero no sabía ser de otra forma contigo.

Me mira y me siento incómodo hablando de esto. Han sido muchos años discutiendo y es como si por fin dijéramos lo que pensamos.

—La verdad es que, cuanto más me dejas conocerte, más me gusta este nuevo Matty… Mathew.

—¿Mathew?

—Sí, no eres el Matty que conocí, ni Thew, ese joven que ha inventado ese nombre para no parecerse a su padre. Eres Mathew. Me gusta más.

Me mira y recuerdo cuando mi madre me llamaba así, hace muchos años, cuando me portaba mal. Porque ese nombre era como más autoritario. Nunca quise ser Matt, ese es mi padre, y por eso me puse Thew, que me parecía que tenía una identidad propia. Ahora ya no sé qué pensar.

—Llámame como quieras. Lo harás de todos modos.

—Eso ni lo dudes, Mathew —me lo dice para picarme, pero está lejos de ser así; lo cierto es que me gusta más, más aún que el que me diga Matty.

—Eres imposible, Norita.

—¡Eh! A mí ese apelativo no me gusta. —Frunce el ceño y se lo acaricio.

—No hagas eso, que te pones más fea de lo que eres.

—Ja, ja. —Nos quedamos callados.

Apagan las luces y se levanta aire. Nora se acerca más a mí sin darse cuenta, o tal vez sea yo. Acabamos los helados y dejamos los envoltorios en el suelo para recogerlos luego. Ninguno hace amago de irse, ni de decir nada más. Y, sin embargo, siento que estamos compartiendo más cosas que nunca.

—Nos ha costado llegar aquí —dice con la mirada vagando en la luna llena que se refleja en el lago.

—Sí —y mientras lo digo me pregunto por qué nos ha costado tanto aceptar que en el fondo nos moríamos por ser amigos.

* * *

—No lo he pasado mal esta noche —dice ya en la puerta de su casa, donde estoy parado en doble fila con el coche.

—Yo tampoco…, pero no te lo creas mucho —le digo como si necesitara este escudo. Se ríe.

—Tu tampoco, rubito. Nos vemos mañana en la comida.

—Nos vemos.

Nora sale del coche para ir a su casa. Antes de entrar me mira y siento como si quisiera decir algo más, pero solo se despide con la mano y entra en la que fue su casa de niña. Me quedo un rato mirando el volante sin comprender los sentimientos que me invaden, sin entender cómo es posible que se acabe de ir y ya esté deseando volver a verla.

NORA

Me levanto temprano y escribo a Roni. En cuanto me dice que está despierta voy a su casa a que me lo cuente todo.

—No quiero que te dejes nada —le digo ya en su cuarto, tras asaltar su cocina y coger varias cosas para desayunar.

—Todo, todo no se puede. —Agrando los ojos y se ríe de mí—. No pasó nada más allá de besos. —Le tiro un cojín.

—Eso vi, cuando nos fuimos.

Le mandamos un mensaje a cada uno para decirles que nos habíamos ido y que ya nos veríamos hoy.

—No veas cómo besa, Nora… Nunca nadie me ha besado así. Como si yo fuera el aire que respira en cada beso… Es increíble.

Se tira en la cama, risueña, y yo hago lo mismo.

—Entonces, ¿estáis juntos?

—Sí…, hasta que descubra mi secreto y salga corriendo. —Me mira preocupada.

—No tiene por qué ser así. Quien de verdad te quiere, te querrá a ti. Y tal vez ese alguien sea Ewan.

—Eso pensé con los anteriores…, y todos salieron corriendo.

—Ellos se lo pierden. El que de verdad merezca la pena se quedará. Los otros se fueron porque no eran para ti.

—Con lo lista que eres para unas cosas y lo tontita que eres para otras. Román no es para ti —me dice sincera.

Me levanto molesta.

—Deja a Román tranquilo.

—¿Te ha llamado estos días? Seguro que no, nunca lo hace cundo os separáis por muchos días.

—Yo tampoco le he llamado —le digo—. Así que no le culpes a él por algo que hemos hecho los dos por igual.

Asiente. Cojo algo para comer. No he pensado mucho en él estos días. Soy la peor novia del mundo. Por eso cojo mi móvil y le mando un mensaje de buenos días.

* * *

Llegamos a la casa de Bianca y Albert para comer. Al ser puente no están muchos de los amigos de mi hermano porque se han ido de viaje con sus hijos. Quienes sí están son Dulce, con sus tres hijos, ya que su marido está trabajando, y Holly y Gonzalo. También se han apuntado la madre de Roni y el padre de Gonzalo.

Yo he venido con Roni y mi sobrina Esme. Robert y Jenna no tardarán en venir, y Nizan y Mathew también van a venir, con Ewan, sus padres y su hermana. Mathew me ha escrito para darme los buenos días. Cuando lo hizo pensé que era Román y sentí desilusión, porque el que se supone que es mi novio a estas alturas no me ha respondido, sobre todo cuando vi que ya había leído el mensaje y… nada.

Nos acercamos a Summer, que está leyendo bajo un árbol cerca de la piscina. Al vernos nos sonríe. Es preciosa. Tiene los ojos grandes y verdes como los de su padre y el pelo rubio trigo como el de su tía Laia. Erik es un idiota por no saber apreciarla, no solo por lo bonita que es, sino porque es una de las mejores personas que conozco.

—Hola, ¡qué alegría veros! —Nos damos un par de besos y nos sentamos a su lado a la sombra.

—¿Qué tal estás? —pregunta Roni.

—Si lo dices por lo que me hizo el idiota de Erik, muy bien. Estar con ese solo me hubiera traído problemas, y yo no los quiero.

—¿Sabes si va a venir? —pregunta Esme.

—Dirás arrastrarse hasta aquí. Por lo que les he escuchado a sus padres, llegó a las nueve de la mañana y no podía casi ni andar de todo lo que se había metido. —Veo tristeza en su mirada. Está dolida y tal vez lo odie, pero en el fondo le duele que Erik esté así.

Erik y Summer eran inseparables de niños. Siempre andaban juntos. Como Mathew y yo, pero sin pelearse. Hasta que todo cambió, cuando Erik empezó el instituto y dejaron de ser amigos. Luego la utilizó para reírse de ella y ahora no sabemos qué será de Erik. Es triste.

Hablamos un poco hasta que Esme mira con los ojos como platos a la entrada del jardín y casi empieza a hiperventilar.

—Decidme quién es el tío bueno que acaba de entrar con Thew.

Miro detrás de mí y veo a Mathew e Ewan venir hacia nosotras. Roni se ha levantado y va hacia Ewan. Mathew viene hacia donde estamos con paso tranquilo. No puedo verle los ojos bajo esas gafas, pero seguro que sonríe, como siempre.

—Creo que tú misma lo vas a saber en cuestión de segundos —le respondo a Esme.

Roni llega hasta Ewan y este coge su cara para darle un beso que juro que me hace sonrojar. No recuerdo cuándo alguien me besó así a mí.

—Es Ewan, y por lo que parece el novio de Roni —dice Esme—. Todos los guapos están cogidos.

—Yo no estoy cogido —dice Mathew sentándose a mi lado.

—Ya, pero tampoco eres guapo. —Esme le saca la lengua—. ¿Sabes si Ewan tiene un hermano de mi edad?

—Tiene un hermano de un año más que tú.

—Me lo pido —dice Esme con una sonrisilla—. Voy a presentarme a mi futuro cuñado.

Se levanta y, cuando la pareja se separa, se presenta a Ewan con todo su descaro.

—No sé por qué quiero novio, estamos mejor sin idiotas cerca —apunta Summer.

—Los hay decentes, como yo —dice Mathew—. No culpes a todos por una manzana podrida. Nunca sabes lo que te puedes encontrar.

Summer lo mira y, aunque trata de evitarlo, vemos el dolor en su mirada. Está claro que aún no ha superado lo de Erik, ya que no solo fue su pareja, sino también su amigo.

Nos quedamos aquí sentados hasta que vemos que van a preparar la barbacoa y el que mejor lo hace es mi hermano Robert, que ya ha llegado. Albert está a su lado. Son socios, aparte de buenos amigos. Aunque hoy Albert no tiene buena cara. Sus ojos marrones siempre serios hoy muestran, además, pesar. No tiene que ser fácil criar a un adolescente que se está descarriando.

—¿Te hace una partida de baloncesto tú contra mí? —me dice Mathew.

—Raro era que me quisieras en tu equipo.

—Es que dudo que alguien más quiera jugar —dice mirando a Ewan y Roni, que están haciendo manitas.

—Te pienso machacar. —Se levanta y me tiende una mano.

Se la cojo y vamos hacia donde está la pista de baloncesto. Donde desde niños hemos jugado cientos de partidos. Siempre en el equipo contrario, claro, porque no me dejaba jugar con ellos y al final mi hermano se las ingeniaba para jugar conmigo y que así no me quedara mirando.

Me quito la chaqueta y Mathew hace lo mismo. Saca un balón de donde los tienen guardados y me lo lanza. Lo atrapo.

—Demuéstrame lo buena que eres —me dice retador.

—Te pienso hacer morder el polvo. Siempre fuiste mejor al fútbol que al baloncesto.

—Entonces, mejor jugamos al fútbol —dice, haciendo como que se va.

—No, hoy pienso ganarte, por todas esas veces que te metiste conmigo.

—Y tú conmigo, nuestro amor era mutuo.

—Amor… Tú no sabes lo que es el amor —le digo para picarlo—. Y ahora, cállate y a ver si me paras.

Se pone ante la canasta y espera a que haga mis movimientos. Boto la pelota y me voy hacia la derecha para, cuando estoy cerca de Mathew, hacer un giro e ir hacia la izquierda. Lanzo y… canasta.

—Soy la mejor.

—Me toca —dice con una media sonrisa.

Viene hacia mí botando la pelota y no consigo detenerlo, porque lanza un triple y lo mete.

—Eso es trampa —digo poniendo morros mientras me pasa el balón.

Intento hacer un triple, pero no me sale. Mathew me pasa el balón de nuevo.

—Inténtalo otra vez —me dice cómo tengo que ponerme y no dejo pasar la oportunidad. Al final lo meto a la cuarta.

—Te voy ganando.

—Claro, y no ha habido trampas —dice cogiendo el balón.

Pasa por mi lado y, como no puedo detenerlo, lo cojo por la cintura con fuerza y caemos al suelo. Yo sobre él. Me río por la situación.

—Por eso no jugaba contigo, eres una tramposa —me dice apartándome el pelo de la cara y metiéndolo tras mi oreja; es un gesto tan natural que no le doy importancia.

Pongo mi mano sobre su mejilla.

—No soy tramposa. Solo listilla.

Nos quedamos mirándonos, como nos pasa tantas veces en que las palabras no tienen cabida entre nuestras miradas. No hace falta decir nada.

—Chicos, la comida ya está —dice mi hermano tras nosotros.

Me levanto y esta vez le tiendo yo la mano a Mathew. La coge y se levanta. Vamos hacia donde está mi hermano, que nos mira con una sonrisilla.

—No es lo que parece. Era un placaje de baloncesto. Le he ganado —le digo, y él asiente, pero por sus ojos dorados sé que no se lo cree.

Que piense lo que quiera. Yo sé la verdad. Solo somos… ¿amigos? Miro a Mathew recogiendo nuestras cosas y pienso que sí, que ahora por fin lo somos.

CAPÍTULO 12



NORA

Hace más de una semana que nos fuimos de puente. A mi vuelta noté que yo no era la misma. No sé qué me ha pasado, y tampoco entiendo por qué Román me echa en cara que esté rara cuando él no me contestó al mensaje ni me hizo caso hasta que lo vi en la universidad y, como siempre, me besó ante todos antes de preguntarme por mi puente. Todo nos va bien, es lo mismo de siempre…, el problema es que noto que algo ha cambiado en mí.

Me he centrado en los estudios, ya que Roni no para en casa. Está todo el día con Ewan y les va muy bien. Me alegro mucho por ellos. Esta noche tenemos una fiesta en la fraternidad de Román y los chicos. Ahora estoy llegando a mi casa sin muchas ganas de hacerme la comida y esperando que mis compañeras de piso hayan preparado algo.

Meto la llave en la cerradura de la verja que da a esta urbanización de estudiantes y es entonces cuando reparo en que alguien se pone a mi lado.

—Nora. —Miro a la mujer y no la reconozco.

Es rubia y está muy estropeada, tanto que no puedo saber su edad con exactitud. Tal vez ronde los cincuenta, o más. Va vestida con prendas sencillas y, aunque limpias, se nota que han pasado épocas mejores.

—¿Nos conocemos?

—Sí… Pero tú no sabes quién soy.

—No, eso es evidente —le digo con una sonrisa.

—Soy tu madre, Nora.

Pierdo la sonrisa y me voy hacia atrás. A mi mente acuden recuerdos que una niña tan pequeña debería haber olvidado. Siento el hambre, el abandono, la sensación de ahogo por estar sola. Todo eso tenía que haber desaparecido de mi memoria. ¡Pocos niños recuerdan lo que les pasa siendo tan bebés!

—Nora, he cambiado. —Saca de su bolso una tarjeta y me la mete en el bolsillo de la chaqueta—. Me gustaría hablar contigo, pero entiendo que necesitas tiempo. Estaré esperando.

Se marcha y yo aprovecho para huir. Al llegar al piso me meto en mi cuarto y me encierro en él, y la sensación que siempre he tenido de no encajar, de no pertenecer en verdad a un sitio en concreto, se acentúa. Me siento más perdida que nunca. Y por un momento soy esa niña pequeña que, no sabiendo lo que era la vida, ya conocía lo que era la soledad.

* * *

—Creo que has bebido suficiente —me dice Mathew muy serio, quitándome la copa.

—Estoy bien, aún no veo doble.

Estamos en la fiesta de su fraternidad. Román me ha saludado y, cuando le dije que quería hablar con él, me dijo que luego, tras darme un beso.

—Es mejor que lo dejes.

—No quiero, soy mayorcita —le digo cogiendo mi copa y dándole un trago.

—Nora… ¿Va todo bien?Sonrío y asiento muy efusivamente.

—Genial, solo quiero disfrutar. —Mathew no se lo cree del todo. Coge mi mano y, tras sacar algo del bolsillo, lo deja en mi palma. Está frío.

—Es la llave de mi cuarto. Si te encuentras mal, métete ahí.

—No hace falta…

—Me quedo más tranquilo si sé que, de necesitarlo, la usarás. —Sus ojos azules me miran con tanta intensidad que no puedo más que asentir.

Me muevo para irme, con tan mala suerte que me tropiezo con mis tacones y caigo sobre el pecho de Mathew. Me alzo para pedirle perdón y mi boca queda a un suspiro de la suya.

—Lo siento —digo sin alejarme.

—No pasa nada. —Su aliento acaricia mis labios. Huele a menta.

Alzo los ojos. Sus manos están en mi espalda y, aunque no debería, me acaricia. Y lo peor es que me gusta y me hace sentir una persona horrible por disfrutar de su contacto.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —Román tira de mí y me separa de Mathew. Y mi malestar se acrecienta.

—No seas celoso, solo me tropecé.

Tiro de Román, como si sintiera que debo alejarlo de Mathew; la tensión reina entre los dos. Es más que evidente que no se soportan. Llegamos a donde están sus amigos y me besa como si necesitara marcarme ante todos. Sus besos son bruscos y algo posesivos, pero por esta vez me dejo llevar; necesito cariño, más que nunca.

Cuando se va con sus amigos agarro lo primero que pillo para beber y me lo tomo casi de un trago. No sé cuánto tiempo pasa cuando Román regresa y me mira como si le hubiera hecho algo. Lo miro sin comprender.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le digo acusadora.

—No aquí. —Tira de mí hacia su cuarto.

No me suelta hasta que entramos. La música solo se atisba tras la puerta. Aquí estamos solos y lo noto afectado.

—¿Me quieres dejar? —me dice a las claras, y parece dolido, triste.

—No. ¿Por qué piensas eso?

—Porque me ignoras. Si yo no estoy pendiente de ti, ni me escribes, y si no te voy a buscar a tu clase, tú ni te preocupas en venir a verme. Estás rara. —Me mira como si estuviera tremendamente herido y preocupado, y eso hace que vaya hacia él y lo abrace con fuerza.

—Siento si he estado rara. No es por ti. —Me mira y me besa tiernamente.

—Me importas mucho, Nora, mucho. No sé qué haría si te perdiera.

Sus ojos se entremezclan con los míos y no sé si es por el alcohol o por mi necesidad de pertenecer a alguien, que me separo y me quito la camiseta.

—Tal vez deba demostrarte cuánto me importas.

Me mira feliz y me besa, sabiendo lo que le estoy proponiendo. Me lleva a la cama. Y todo pasa muy rápido. Sus manos están por todos lados. Mi cabeza, poco despejada por lo ingerido, no deja que disfrute de esto. Sus besos son demasiado urgentes, diría que hasta bruscos. Me

cuesta ver el amor que necesito en ellos. Todo va tan rápido que, cuando me quita la ropa interior y se pone el preservativo, ni me entero hasta que se cuela dentro de mí con dureza, haciéndome gritar, y no, no de placer. No hay placer. Solo dolor. Un dolor sordo que expulsa mis lágrimas. Una parte de mí dice que lo detenga, otra que lo soporte, que luego todo irá mejor. Que solo le estoy demostrando cuánto me importa.

Se mueve y la sensación no cambia, no siento placer, sus besos ya no me satisfacen. Solo quiero que acabe. Solo quiero que termine este ardor. Y lo hace pronto, para mi suerte. Se desploma sobre mí, complacido. No como yo. Yo sigo fría. Esperando lo que ahora vendrá. Lo que me dijo Mathew que vendría tras una desastrosa primera vez. Los abrazos y los mimos. Las charlas. La promesa de que luego irá mejor.

Se levanta y lo miro con la ropa a medio quitar. Me recompongo.

—La verdad es que, tras probar a una virgen, he de reconocer que es una mierda. —Lo miro dolida. Se ríe. No me puedo creer que haya dicho eso.

Se quita el preservativo y lo tira a la papelera. Se pone la ropa, que ni se ha llegado a quitar del todo. Me visto.

—¿Se puede saber qué dices?

—¿Te das cuenta del tiempo que llevo esperando por ver cómo sería para descubrir que las prefiero con experiencia? De hecho, con la que me acosté anoche disfruté más.

Lo miro sin dar crédito a lo que me cuenta e, impulsada por el dolor que siento, me levanto y lo golpeo con fuerza.

—¡Eres un cerdo! ¡Un desgraciado!

—Y tú una idiota por creerme. ¿Quién ha tenido más culpa de los dos?

Es como si lo viera por primera vez. No me puedo creer que le haya entregado a este idiota mi primera vez. Lo empujo y salgo del cuarto. Estoy temblando tanto que necesito recomponerme. Voy al cuarto de Mathew y trato de abrir la puerta, pero las lágrimas no me dejan ver.

—Nora. —La voz de Mathew se cuela en mis oídos. Al verme con la cara llena de lágrimas y la ropa medio arrugada, sé que piensa lo peor.

Lo sujeto cuando empieza a irse tras Román.

—No me ha violado, yo le he dejado… ¡Para descubrir que solo me quería para acostarse con una virgen!

—Eso no es mejor. Métete en mi cuarto —me dice con una dureza que nunca le he visto.

Por supuesto no lo hago y, cuando baja las escaleras de cuatro en cuatro para buscar a Román, lo sigo. Lo encuentra en la cocina, contando lo que hemos hecho a todos los que están allí. Lo hace hasta que Mathew le da un puñetazo en la cara.

—¡¿Se puede saber qué haces?!

—Eres un cerdo. Ella no te merecía. Se merece lo mejor y tú nunca lo fuiste.

—¿Y lo eres tú? Tú tampoco lo eres, porque entre los dos me ha elegido a mí.

—A mí siempre me ha tenido, nunca ha tenido que elegirme.

—Vamos, no te pongas así, ya la tienes estrenada y te entrará mejor. —Mathew entonces pierde los papeles y le da con fuerza, y es lo que Román quería, porque le devuelve el golpe.

Los amigos de Román se meten en la pelea e Ewan se va a defender a su amigo. Trato de llegar hasta ellos, pero Roni no me deja. Miro como golpean a Mathew hasta que se detiene y viene hacia mí.

—Nos vamos —me dice, cogiendo mi mano.

La cojo con fuerza, como si lo necesitara más que el aire.

—¡Estáis fuera! ¡Fuera de la fraternidad! —le grita Román mientras nos vamos, seguidos de Ewan y Roni.

—Métetela por el culo —le grita Mathew—. Voy a llevar a Nora al hotel de mi padre —le dice a Ewan.

—Yo me voy con Roni a su casa —asiente.

Roni me abraza con fuerza y me deja ir como si supiera, como yo, que ahora a quien necesito es a Mathew.

—Soy una tonta —le digo cuando entro en el coche, y él aprieta el volante con los nudillos llenos de sangre.

Lo suelta y coge mi cara entre sus manos.

—No lo eres. —Me seca las lágrimas con los pulgares—. Solo eres alguien que buscaba encajar. —Rompo a llorar por el hecho de que él lo haya sabido ver—. Un día te darás cuenta de que no tienes que encajar con nadie, solo desear estar a su lado. Eres perfecta, Nora, y no te mereces rogar por el amor de nadie.

Lloro desconsolada y él me abraza como nunca lo había hecho antes. Lo estrecho con fuerza y sé que siempre he deseado este abrazo, y que solo hoy me permito reconocerlo.

THEW

Abrazo a Nora mientras poco a poco el sueño la va atrapando. Hemos llegado al hotel y, tras darse una ducha, se ha metido en la cama. Yo hice lo mismo y me metí a su lado. La abracé, pues no dejaba de llorar. No soporto verla así. No soporto que le hagan daño, que alguien la lastime. Nunca lo he soportado.

Y tal vez hoy, por primera vez, mientras la abrazo y pienso en la de veces que le dije lo que no pensaba, me doy cuenta de algo que no supe ver hace años: que en verdad nunca la odié, pero sí ignoraba cuánto la amaba.



Nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir teatro y, con doce, poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito *teregalounlibro.com*, cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Logros

• **Nominada a los premios DAMA'14** a la mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.

• **Nominada a los premios DAMA'15** a la mejor novela contemporánea con *Por siempre tú.*

• **Ganadora de los premios Avenida'15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica'15 con *Por siempre tú.*

• **Numero 1 en ebook en** Amazon.es, Amazon.com y iTunes, y play store con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

• FacebooK:@MoruenaEstringana.Escritora
• Twitter: @MoruenaE
• Instagran: Moruenae

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados:

El círculo perfecto (autoeditado, 2009, y Editorial Ambar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution, 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution, 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo prefecto*, reedición ampliada (Red Apple ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolutión, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio/julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016), *Mi error fue tu promesa* (Click Ediciones, octubre de 2016), *Por siempre solo tú* (Ediciones Kiwi, octubre de 2016), *La maldición del círculo perfecto* (Red Apple ediciones, octubre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Déjame amarte* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, diciembre de 2016), *¿Te confieso una cosa? Te amo* (Nowevolution, diciembre de 2016), *Eternamente tú* (Ediciones Kiwi, enero de 2017), *El círculo perfecto inmortal* (Red Apple Ediciones, abril de 2017).

Antologías

150 rosa, Editorial divalentis.
Libro de relatos, de VI RA.
Venus, de Nowevolutión.

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces
Tú me enseñaste a amar
El latir de mi corazón
Los besos que me debes
Promesa bajo las estrellas
Tú eres mi deseo
Tan solo un instante

No sabes cuánto te odio...
Serie Sweet Love 3
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, freya-photographer / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17485-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones:

Amistad inesperada Serie Sweet Love - I
Moruena Estríngana

Amor descontrolado Serie Sweet Love -II
Moruena Estríngana

Viaje hacia tu corazón
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue confiar en ti. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue confiar en ti. Parte II
Moruena Estríngana

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte I
Moruena Estríngana

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte II

Moruena Estríngana